

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Paris, Agosto 1960

★ Supplément mensuel de SOLIDARIDAD OBRERA, porte-parole de la C.N.T. d'Espagne en exil ✧ Precio 0'70 NF - N° 801-80

Antenor Orrego Espinosa

Escrito por

Andrés TOWNSEND EZCURRA:

Una inteligencia lúcida y profunda, interesada en las verdades esenciales; un corazón colmado de generosa y viril ternura, que a nadie supo escatimar; una actitud inabdicable de apóstol y al servicio de la causa del pueblo, hicieron de Antenor Orrego Espinosa, recién fallecido, cifra y compendio de aptitudes humanas extraordinarias, y valor nacional, cuya pérdida habrá de ser llorada por todos los peruanos sin banderías ni facciones, como vacío irreparable de nuestra presencia en el mundo de las ideas y las letras.

Venia Orrego de una familia arraigada, de antiguo, en la sierra del norte del Perú y cuya estirpe vasca se revelaba en los claros ojos de Antenor y en su tez rosada. Nació en el andino ambiente de la Hacienda Montán, el 22 de mayo de 1892, pero desde muy niño le llevaron a Trujillo. Por opción por temperamento, por afinidad y cariño, Antenor Orrego se convirtió en un hijo auténtico de la ciudad hidalga y quijotesca, a cuya dialéctica continuidad revolucionaria él supo prestar un contingente precursor y decisivo. Cursó en el Colegio del Seminario de San Carlos y San Marcelo sus estudios primarios y secundarios. Los superiores, en la Universidad de la Libertad.

Antenor Orrego fué, desde temprano, un punto focal de irradiación de inquietudes. En 1914 se fundó, alrededor de su persona, el «Grupo Trujillo», integrado por espíritus juveniles penetrados de un profundo afán de renovación en las letras y en la actitud cívica y humana. Fué el «Grupo Trujillo» un plantel de varones ejemplares entre los cuales habrían de brillar, con luces que Antenor fué el primero en advertir, el lírico y vital, César Vallejo y el adolescente de vocación revolucionaria que fué Haya de la Torre. Lector de clásicos y modernos, fino analista y gustador tanto de lo consagrado como de lo exótico, Orrego perfiló, desde entonces, su hondura de pensador y su aptitud de maestro. Gracias a su magisterio, de socrática formalidad y eficiencia, un grupo entero de hombres de excepción, obtuvo precozmente, y en la le-

HOY, LUTO

UNA pluma que se enfunda la Muerte: la de nuestro eximio colaborador peruano Antenor Orrego, pensador libre, fino estilista y caluroso amigo nuestro y de todos los españoles progresistas. Es de los sabios que más se han ocupado de España para ayudarla, y de sus tiranos para panfletarlos.

Admirador de nuestra obra literaria, Antenor Orrego se sumó entusiásticamente a la misma, siendo, el valor de sus producciones, asaz apreciado de nuestros lectores para que insistamos al respecto.

Perdido el amigo, prende un vacío en estas páginas y una pena más en nuestro pecho. ¡Tanto rueda hoy inversamente el mundo!

Muerde la angustia de cada duelo y sin embargo la libertad exige, imperiosa, vía libre.

Lo cual consuela y dispone.

LA REDACCION



janía provinciana, una visión de alcances universales. Pocas personas en la historia intelectual del Perú han tenido como Orrego tantas virtudes de suscitador.

Pero Antenor no era hombre

hecho para la prédica claustral. Espíritu generoso, alma grande, se identificó desde sus años mozos con las inquietudes y sufrimientos del hombre del pueblo. Se negó, quien podía haberlo hecho con tí-

tulos intransferibles y dignísimos, a habitar la torre de marfil de los estetas y corrió al llano, a juntar su voz, su brazo y su corazón a los del trabajador de la caña. Así se le vió entre los directores de las huelgas del valle de Chicama, en 1918-1921, que fueron de las primeras y más gloriosas de la historia altiva del proletariado de la libertad. Era entonces como la encarnación de una protesta, la de Trujillo, ciudad asfixiada por el verde cerco de un cañaveral que le arrebató su riqueza y que, a través de un puerto propio, pobló de silencios y pobreza la que fué opulenta capital del norte del Perú. En 1921 Orrego fué condecorado por la injusticia con su primera prisión político-social. Siete veces más a lo largo de su batalladora vida (en 1928, 1929, 1932, 1934, 1945 y 1956) este suave profeta de América habría de verse condenado al diálogo interminable con las rejas y los muros de una cárcel.

Hermano mayor de una generación profundamente renovadora y revolucionaria, Antenor Orrego la dirigió en la zona norteña a través de «La Semana», de «La Reforma», de «La Libertad» y, en particular, de «El Norte», diario de singular dignidad literaria y tipográfica que, durante años, fué una de las tribunas más genuinas del pensamiento antiimperialista y antifederal del Perú. Desde su retiro trujillano, Orrego contribuyó a «Amauta» de Mariátegui con ensayos definidores. Pero acaso su mayor galardón de aquella época haya sido descubrir el genio inédito de César Vallejo y anunciar con una exclamación memorable de gozo, el alumbramiento de «Trilce» y su hermético mensaje.

En 1931 cabildos populares le nombraron para representar al norte del Perú en la Junta de Gobierno de Samanez Ocampo. Pero en Lima designaron a un rico hacendado en su lugar. Desde la aparición del APRA, en 1924, Orrego era uno de sus líderes más autorizados, y supo contribuir, con significativos aportes, a su orientación y a sus doctrinas. Como secretario regional del Norte del Partido Aprista, como dirigente del Comité de La Libertad, como miembro del Comité Ejecutivo Nacional y secretario del Comando de Acción en la clandestinidad, Antenor Orrego demostró eximias

El encuentro de escritores en

«Pensamos que la literatura es, acaso, la mejor objetivación de las características americanas — decían en sus «Palabras de bienvenida» — y que, al explorar la poesía, la narrativa, el teatro, el ensayo, y la crítica (sin desestimar el folklore y otras formas expresivas de nuestra idiosincrasia), podemos esclarecer en mucho la significación de la cultura de América... La reunión propuesta no será un congreso ni un certamen de escritores sino, repetimos, un diálogo inicial y abierto entre los creadores e investigadores de nuestra América, susceptible de continuarse y ampliarse en otras fechas y en otros países.»

Quienes asistimos al Encuentro abandonamos pronto todo prurito académico y procedimos a discutir en un ambiente de franca y cordial camaradería. Hasta cierto punto no era éste un experimento. La Universidad de Concepción había realizado ya en 1958 dos Encuentros de Escritores Chilenos. Detrás de ellos, organizándolos y orientándolos con mano maestra, estaba un joven profesor y poeta: Gonzalo Rojas. Escéptico hubo que al saber su intención de reunir a gentes de tan dispares ideologías le auguraron un fracaso rotundo: el Encuentro va a terminar en «encontrón», decían. No había razón para temer. El ambiente de genuína democracia y sólido humanismo característico de la Universidad de Concepción conquistó de inmediato a los escritores extranjeros y se encarnó con el espíritu de sus

DE las varias reuniones de escritores que se han realizado en los últimos años en América acaso ninguna pueda compararse en significación y trascendencia con la que se llevó a cabo durante el mes de enero de este año en la Universidad de Concepción (Chile). A ella asistieron veintisiete escritores que representaban a la Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, El Salvador, Estados Unidos, México, Panamá, Perú y Uruguay. Los organizadores dejaron muy en claro que no se trataba de un Congreso, sino de un Encuentro:

deliberaciones. El rector de la universidad, don David Stitchkin Branover, una de las figuras de mayor prestigio en el mundo intelectual chileno, declaró en la sesión inaugural del Encuentro que era necesario fundamentar el lema que nos guiaba — «Por el desarrollo del libre espíritu» — en tres premisas: honestidad en la proposición, dignidad en la expresión y respeto hacia la opinión ajena. La mejor prueba de que su consejo fué seguido al pie de la letra es que durante los seis días de reuniones expusieron sus ideas conservadores y comunistas, socialistas y monárquicos, liberales e independientes, gozando todos de amplias garantías y del respeto del público que siguió los debates con apasionado interés.

Por otra parte, con Gonzalo Rojas en el timón no hay obstáculo que haga peligrar una empresa. Nada le arredra ni amilana. Cuando faltaron medios para

transportar a los escritores desde Santiago a Concepción, arrendó un avión, y cuando se vió en dificultades para alojarlos abrió un hotel que desde hacía meses no lograba entrar en funciones. En el viaje su silueta asumió contornos de pionero. Dirigía una tripulación de poetas y novelistas en un avión que, de pronto, se vió azotado por fuertes vientos y temporales. Buscando visibilidad el piloto bajó a veinte metros sobre el nivel del mar. Durante quince o veinte minutos volamos con la espuma de las olas pegada al tren de aterrizaje y casi arrasando cochayuyo en la hélices... Ni la lluvia que se metía por la cabina del piloto, ni los vaivenes que sacudían al avión, hicieron decaer el ánimo de nuestro líder: nos condujo a salvo y nos entregó, algo mañados pero contentos, a los fotógrafos y periodistas que aguardaban en el aeropuerto para darse gusto enfocando las bar-

por Fernando ALEGRIA

bas de Allen Ginsberg, los bigotes de Ernesto Sabato y la morena belleza de Margarita Aguirre.

Las reuniones del Encuentro se llevaron a cabo en el Salón de Honor de la Universidad. Un público entusiasta en el que se mezclaban estudiantes, empleados, profesionales y trabajadores de las ciudades vecinas, llenó el Salón a diario y, cuando tuvo la oportunidad, participó acaloradamente en los debates. El rector Stitchkin había dicho que no se esperaba de nosotros un despliegue de académica erudición, sino una exposición genuina y franca de nuestras experiencias como escritores frente a los problemas de la creación artística tanto como a los conflictos de la sociedad contemporánea. El debate se concentró desde un comienzo en tres tópicos fundamentales: la responsabilidad social del escritor y la validez artística de la literatura comprometida; la rebelión de los escritores hispanoamericanos de las dos últimas generaciones contra la tradición del regionalismo localista y convencional; y las relaciones entre los escritores jóvenes de Hispanoamérica y la llamada «Beat Generation» de los Estados Unidos.

Uno de los primeros en tomar la iniciativa en este debate fué el novelista argentino Ernesto Sabato. Extraordinario orador. En el hotel nos había dicho que, al hablar frente al público, necesitaba por lo menos una hora para tranquilizarse y «entrar en calor»; después de esa hora de finteos, en cinco minutos expresaría lo que en realidad tenía que decir... Sabato habla poseído de intensa pasión. Es un estado de nervios que se va distendiendo y, a medida que alcanza su punto más alto de tensión, vibra y comunica al público sus vibraciones con frases de alto voltaje. Nadie, entre los escritores allí presentes, igualó la hondura vertiginosa de sus monólogos interiores. El público le escuchaba fascinado por el ímpetu de su palabra y por los gestos sorprendidos y eléctricos de su cara de gato. Hubo un momento en que sus ideas parecieron asumir un cariz alarmante. Sabato atacaba el pseudointelectualismo de una literatura argentina que durante años divagó sobre problemas postizos. Su voz de alarma era una voz de angustia. Sorprendidos en la línea de fuego de una civilización que decae y otra que nace, desgarrados por la búsqueda de raíces europeas y americanas, los argentinos de su generación son, según Sabato, «actores de un oscuro drama», intérpretes de una zozobra fundamental. Exaltaba, entonces, aquello de auténti-

Antenor Orrego Espinosa

calidades de militante y líder. Ellas le valieron las prisiones que hemos enumerado y cuya suma de meses, le robó a Antenor largos años de vida libre. Conoció el Real Felipe, la Intendencia, el Sexto y el Frontón. Fué maestro de las Universidades Populares del presidio y redactor de «La Tribuna» clandestina.

Electo senador por La Libertad en 1945 fué uno de los miembros más sabios y ponderados de aquella Cámara. La Reforma Universitaria de Trujillo se encarnó muy naturalmente en Orrego al ser elegido rector de la casa fundada por Bolívar. No hay memoria en el claustro trujillano de una gestión más fecunda en realizaciones y en iniciativas que la de Antenor Orrego de 1946 a 1948, año en que el manotazo de la usurpación le quitó su investidura. Del rectorado y de la curul, volvió a las catacumbas, al trabajo heroico de la ilegalidad. Exilado Haya de la Torre en 1949, los documentos del Partido del Pueblo en aquellos años de dictadura, llevan el sello elegante y emotivo de la prosa de Antenor. A su cargo estuvo «La Tribuna»

desde julio de 1957 a abril de 1958.

Acaso la dimensión en que este claro varón de Trujillo habrá de quedar con más permanencia en nuestra historia haya de ser la de su obra filosófica. Orrego fué en nuestro país lo que Vasconcelos en Méjico en la época creadora de su «Ideología» y de su «Raza Cósmica»: un descubridor y un intérprete del alma americana. Vivió Antenor constantemente inclinado sobre el ancho torso de América para auscultar su latido profundo y entender y filiar las vibraciones de su espíritu. Era un creyente fervoroso en la autenticidad indoamericana y gozaba anotando los signos de nuestra independencia y nuestra madurez espiritual. Alzándose sobre lo lugareño y episódico, entendió, a la manera de José Martí, que el mundo americano era esencialmente uno, y adelantándose a las concepciones universalistas, que en la teoría y en la práctica, ponderan hoy la efectividad y trascendencia de las unidades regionales, Antenor Orrego dió el nombre insustituible de «Pueblo-Continente» a nuestra América. El libro de ensayos que lleva este

nombre (editado por primera vez en Chile en 1939), hace de Orrego un precursor genial de la moderna semántica política y de la nueva historiografía mundial.

Menudo, canoso, suave de manos y de voz, de ancha frente que en sus años maduros extremaron profundas entradas, sus ojos verdes miraban con bondadosa franqueza, de pronto subrayada, por el plegarse malicioso de una sonrisa cordial. Cruzó toda su vida por una hirviente senda de pasiones sin que el alma se le recalentara nunca al fuego esterilizante del rencor. Estilista de singular riqueza y elegancia, ha dejado páginas de antología. Nació para pensador y vivió como combatiente, leal a su pueblo y a su América. Aprendió la lección de los iluminados de Asia y de los filósofos de Europa y porfió por aprisionar un fragmento de esa eternidad que ayer lo ha reclamado por entero. Hombre bueno, leal y sabio, ha muerto como vivió: con sencillez, con dignidad y en decorosa pobreza. Habremos de enterrarlo como querría el pueblo: en olor de multitud.

Andrés Townsend Ezcurra

la Universidad de Concepción

camente trágico que, como una garantía intelectual, afirma los valores de la literatura popular americana. Para Sabato se salvan aquellas obras que expresan un instante de crisis en la historia argentina. ¿Y la crisis contemporánea? Sabato y sus compañeros son productos de un momento de indecisión y angustia. Pero, hay una revolución en marcha, una revolución social que Perón, por medio de la demagogia logró impulsar y que ha de ser comprendida y encauzada por las nuevas generaciones de escritores. Si hubo mucho de falso en tal planteamiento, Sabato mismo se encargó de aclararlo definiendo con firmeza su posición democrática y progresista. Su intervención sirvió como una obertura para las declaraciones de dos jóvenes escritores «parricidas»: el argentino Ismael Viñas y el uruguayo Martínez Moreno. Viñas describió la literatura hispanoamericana como una forma de relación entre los hombres. Parricidas — dijo — se nos llama por nuestra drástica actitud contra los falsos profetas literarios del pasado. Martínez Moreno — orador brillante, dinámico, ingenioso — declaró que él y sus compañeros de generación no podían llamarse parricidas ya que, desde un punto de vista literario, ni siquiera tenían padres a quienes matar...

El problema de la responsabilidad social del escritor fué afrontado directamente por el poeta colombiano Jorge Zalamea. «No soy simplemente un escritor — dijo — soy un escritor impuro porque desde que tengo uso de razón he dividido mi actitud entre la política y la literatura. Cuando he hecho literatura la he hecho pensando en los problemas del hombre a través de la política y cuando he hecho política, lo he hecho a través de la literatura». Invitó a los escritores americanos a «salir un poco a las calles y a las plazas de las ciudades para llevar al pueblo el pan de la cultura». Zalamea tuvo el elocuente apoyo de José Antonio Portuondo quien, junto con defender el derecho del escritor a comprometerse en las luchas sociales, exaltó el programa revolucionario de Fidel Castro y obtuvo de los asistentes una declaración unánime de solidaridad con el pueblo cubano. El debate político asumió un tono inusual cuando el peruano Salvador Bandy y el panameño Guillermo Sánchez denunciaron las condiciones de desigualdad social en que viven las clases trabajadoras y preguntaron si no era su deber abandonar la literatura y entregarse por entero a las luchas revolucionarias. Anderson Imbert les respondió que si la tentación de dejar las letras era fuerte, probablemente también era genuina y, en tal caso, no había razón para

vacilar. Margarita Aguirre, menos drástica, les sugirió dar forma literaria a su protesta sirviendo así a la causa social y al arte.

A propósito del problema social en su relación con la literatura expresé lo siguiente que me pareció interpretar un sentimiento mayoritario entre los escritores que asistieron al Encuentro: «Ya no buscamos la solución a los conflictos contemporáneos en las consignas sintéticas que resultan de una apreciación de la realidad más superficial, sino dentro del mundo interior de cada uno, integrando la experiencia social y el acto de la creación artística; la verdadera literatura comprometida es la que da una forma estética a la experiencia social que el escritor vive como individuo».

El poeta mexicano Jaime García Terrés le dió una nueva dimensión a este debate al analizar las corrientes de pensamiento que se derivaron de la Revolución Mexicana y las contradicciones que parecen ahogarlas en la actualidad. Su posición de crítica severa y firme dió a entender la existencia de un descontento básico entre las nuevas generaciones literarias de México y una voluntad de romper convencionalismos para distinguir entre lo que es retórica y lo que es verdad en la creación artística de su país.

Para quienes conocían la obra de los escritores más representativos de la «Beat Generation» de los EE. UU. era evidente que en ella se encontraban numerosos puntos de afinidad con el pensamiento de las nuevas generaciones de Hispanoamérica. En la misma época en que los «beats» se rebelaban contra el convencionalismo de una tradición literaria mantenida a base de clisés, dos generaciones de escritores hispanoamericanos — la del 40 y la del 50 — quemaban ya los viejos galeones del pseudo-esteticismo y denunciaban la falsedad de los «escapistas» y de los super-regionalistas. Sin embargo, también resultaba obvio que la revolución de los «beats», considerada desde un punto de vista estrictamente literario, había sido ya una realidad hace treinta o cuarenta años en el mundo de la poesía hispánica. Allen Ginsberg — uno de los tres representantes norteamericanos en el Encuentro — habló extensamente sobre los poetas jóvenes de su país. Los ejemplos que levó no sorprendieron mayormente: la forma libre, el planteamiento directo, la imagen de valor múltiple se conocen desde hace muchos años entre nosotros. Por otra parte, refiriéndose a su propia poesía, tanto Ginsberg como Lawrence Ferlinghetti — otro de los delegados vanquies — sí tuvieron algo nuevo que decir, algo que causó honda impresión entre los escritores hispanoamericanos: me refiero a su con-

cepción de la poesía como un medio oral y directo de comunicación, a su maravillosa técnica que les permite ajustar el verso — el pensamiento y la imagen — a la velocidad de la oración, y al poder mágico de inducir al trance por medio de la imagen, de la voz y la palabra.

Bien sabíamos que Ginsberg y Ferlinghetti representaban solamente un aspecto de la literatura norteamericana contemporánea. La Universidad de Concepción, dicho sea de paso, tenía la intención de invitar también a Archibald Mc Leish, pero tal invitación, por desgracia, no llegó a materializarse. Además de los dos poetas «beatniks» se invitó al novelista Vance Bourjaily y al dramaturgo Stanley Richards. Bourjaily estuvo en Chile y partió con la mayor parte de los escritores, pero no asistió a las deliberaciones del Encuentro. Richards habló brevemente sobre teatro. La verdadera representación de la joven literatura norteamericana, entonces, recayó en Ferlinghetti y Ginsberg. Creo no equivocarme al decir que ambos hicieron un espléndido papel.

Ferlinghetti leyó tres poemas: «Overpopulation», «The Great Chinese Dragon» y «Hidden Door», éste último escrito en Concepción. Cuando concluyó de leer «Hidden Door» el público se levantó ovacionándolo al grito de ¡Bravo! Con la ayuda de un intérprete, Ferlinghetti respondió luego a toda clase de preguntas sobre su arte poético. Reconoció que en uno de los poemas leídos podía existir huella de la influencia del poeta chileno Nicanor Parra, cuyo obra «Anti-Poems» Ferlinghetti ayudó a traducir. En Chile quedó la impresión de que «Hidden Door» y «The Great Chinese Dragon» son verdaderas obras maestras de la poesía americana contemporánea y que Ferlinghetti es un gran embajador de la literatura y del arte de su país.

Ginsberg, por otra parte, iba precedido por la fama de su poema «Howl», que yo traduje en 1957 y que fué publicado por la Sociedad de Escritores de Chile. Se le consideraba allá un «enfant terrible» y él hizo todo lo posible por mantener tal fama. Antes de salir de Nueva York le dirigió un cable al rector de la Universidad de Concepción diciendo: «Long live Dostoiévski and Aphrodite!» Al ser entrevistado por la prensa santiaguina declaró que le parecía necesario distribuir marihuana entre los escritores para que pensarán con claridad y eficiencia... A los chilenos les divertían estos pronunciamientos y no dejó de gustarles la facha del poeta: gran barba negra, gruesos anteojos, sweater negro, pantalones de diablo fuerte y una mochila de excursionista a la espalda. Le bau-



tizaron con el nombre de «El Capuchino». La novelista Margarita Aguirre me dijo que, después de oírle la impresionante profundamente la inocencia de niño de Ginsberg y su aire de completo abandono. La verdad es que Ginsberg no asustó a nadie en Chile. Los chilenos conocen masas más poderosas y seductoras que la marihuana. En cambio, dejó una agradable impresión como artista puro y como un melancólico y barbón boy-scout en exilio. Habló en español, hizo varios discursos, bailó e hizo numerosas preguntas. Llevó consigo una colección de discos y libros de poemas que regaló a la Universidad de Concepción. Cuando terminó el Encuentro le encontré en el hotel listo para partir. Le pregunté adónde iba y me dijo que a Chile y a la Tierra del Fuego... Y partió en esa dirección y las últimas noticias que tengo de él es que aún anda por esos contornos *hitchhiking*.

Como esto no era un congreso no se tomaron resoluciones, pero sí se nombró una comisión para preparar el próximo Encuentro y organizar, de acuerdo con la propuesta del escritor salvadoreño Hugo Lindo, una editorial destinada a difundir las obras de los escritores hispanoamericanos. «Atene», la revista de la Universidad de Concepción, dedicará íntegro, un número a las ponencias y debates del Encuentro. El poeta mexicano García Terrés resumió muy acertadamente la significación del Encuentro cuando afirmó:

«Para mí el Encuentro ha constituido no una lección sino una serie de lecciones: de literatura, de fructífera convivencia, de conocimiento de lo propio y de lo ajeno. Nunca podré apreciar lo suficiente este noble gesto de la Universidad de Concepción, nuestra señorial patrocinadora. Puedo asegurar que en estos días Concepción se ha convertido en la capital de la Cultura Americana».

«SALVADOR SEGUI. SU VIDA, SU OBRA».

Un pedazo de historia del proletariado emancipador ibérico. Pedir este libro a esta Administración. Su precio: 3,50 NF.

LA POESIA DE EMILIO UCAR

La primera tentativa poética de Emilio Ucar data de 1944 y tenía un título poco incitante: «Girasol». Un título modesto para un libro sin grandes pretensiones. Aquel delgado volumen culminaba, en realidad, una época de tanteos y de vacilaciones que se había prolongado desde su adolescencia. Ucar había escrito ya periódicos escolares, cuadernos para ser leídos entre los primeros amigos del Liceo, versos que se recitaban a solas o en la intimidad del grupo de amigos. Hoy, su vocación literaria tiene aquella raíz lejana e irrevocable, pero a la que ha permanecido fiel a pesar de las dificultades que el oficio de escribir arrastra consigo. «Girasol», libro inmaduro, era un comienzo.

«Se asesina la flor», segundo libro de Ucar (1946), reveló ya un estilo singular y una línea. Las intuiciones se convertían en seguros hallazgos. El poeta aparecía desprendido de lecturas demasiado próximas y frecuentes para atenerse a una experiencia propia y entrañable. A la vocación literaria se unía, de pronto, una vocación humana imposible de confinar en la amable cuadrícula de las formas y las palabras sutiles, pero inocuas. En el mundo, en la tierra, el sudor y el dolor, la sangre y las lágrimas, *estaban también*. «Se asesina la flor» irrumpe como un testimonio de la pasión terrestre y humana de su autor. Pero no se trata de una poesía «realista», aclaremos, con todo lo que de peyorativo conlleva esa palabra ahora, ni de una poesía «social», en un sentido militante y limitativo, sino de una poesía de hoy para siempre, como la pasión, la sangre, y las lágrimas del hombre, que constituyen el abono permanente de la Historia.

«Se asesina la flor» y los poemas que siguieron inmediatamente se insertaban en el tiempo áspero en que aparecían. La esperanza era apenas un retoño inci-

«Y escribo, sin duda escribo para las bocas alcahuetas de los monederos en la hora del sacrificio, del asco y del vinagre».

«Escribo contra el pacto vergonzoso de las escupideras, la saliva y el pus. Escribo para los faldones de una camisa que sacude el viento».

Estos versos pertenecen al primer poema del nuevo libro de Ucar, «Hoy, cada día» (Ediciones de la revista «Deslinde», (1960), libro en el que se han recogido los más importantes de su producción en los últimos años. Dividido en tres partes, representan cada una de ellas algunas de las direcciones que Ucar frecuenta singularmente, aunque no podemos asegurar que se trate de lo mejor que ha venido haciendo. For lo pronto, en ese plano podríamos objetar la inclusión de una corta composición titulada «La compañera» que, independientemente de su valor poético, figura arbitrariamente en el libro, sin correspondencia con la temática y la forma generales.

Descartando objeciones mínimas si puede decirse, sin embargo, que «Hoy, cada día», se presenta sig-

piante después de los años de la guerra. Aquella poesía daba cuenta de una angustia que, en realidad, no ha hecho más que crecer y extenderse por el mundo, un mundo fragmentado por la política del poderío. «El canto a los forjadores españoles de la justicia y de la libertad», que se publicó en Francia («Cenit» 1951), es todavía un poema en el que la esperanza interviene activamente. Se trata de un largo poema que, trascendiendo lo particular de la guerra española, atestigua la universalidad del sentimiento de la justicia, de la pasión por la libertad, pasión prometeica e inextinguible.

Los poemas que vinieron después aparecieron únicamente en revistas y, al mismo tiempo que revelaban una madurez absoluta en lo formal, informaban de una visión decantada y escéptica del mundo. El poeta no abandona su preferencia — su vocación — por la poesía de testimonio, pero su voz se torna más amarga, se hace más extensa, correspondiendo al estallido violento de las imágenes, fragmentadas, múltiples como un clamor:

nificativamente en el panorama de la poesía de habla castellana como algo distinto, si no único, pues desestimando la monotonía de los temas grises, introspectivos, en los que los poetas aparecen como referencia de sí mismos, nimios y opacos, como devueltos por deformantes espejos empañados, aborda con pulso enérgico y tensión ecuménica los temas que conmueven al hombre universal, al hombre de aquí y de todas partes. Así, la poesía de Ucar trasciende el puro testimonio para hacerse comunicación, meta última de la poesía verdadera. Ucar incursiona sin reticencias ni limitaciones, ya sea por el ancho mundo (Poema «Nueva York», «Hungria 56»), ya sea por las zonas más insólitas de la aventura humana («La muerte sucia», «Fábula» y «Muerte de Miguel

Hernández»), o por el áspero territorio del anatema y la denuncia («Historia para Blancos», «Oda a Salvador Dalí»).

Depurado, pero profundo, un rastro surrealista es todavía visible en este libro:

por Benito MILLA

«... millares de oficinas subían el fantasma del viejo Rockefeller, [con ojos que teclean máquinas de calcular y cuyos dedos [hurgan el vientre de la lluvia.

Mirando la escalera de los ángeles se me quebraron las orejas, sentí frío en la vejiga, y no tuve más remedio que orinarme a la vera de los ómnibus...»

«Poema Nueva York»

«Entre tablas y moscas que alimentan el vientre, maniqués de cera se pudren en las jaulas; hay cercas radioactivas que asfixian los hoteles y pasan velas blancas golpeando en Port Lligat.»
«¡Oh, Salvador Dalí, clavel de las boleterías, bisagra de amarillos aceites descompuestos, un asunto su drama brinda a los dromedarios y el querosén destila la violada madera.»

El poema a Van Gogh configura una de las más estupendas interpretaciones poéticas del exaltado mundo que hizo la grandeza del pintor, así como uno de los mejores homenajes de la poesía a la pintura, artes en realidad que tanto se deben algunas veces. Pero en el poema de Ucar no sólo está significado el angustioso universo de Van Gogh sino la amenaza tremenda de su advenimiento:

«Cuando venga Vicente no abras el ajo escondido del que tomará su mano toda la malva fresca; escucha los cabellos y ve a peinar el ganso que arrastra sus babosas de tierra dolorida.

Cuando Vicente cierre las ventanas del día que trazan y amarillan su piel encaramada, sostengan doce tablas las botas campesinas erguidas sobre el limo profundo del sudor.

Que recen las higueras donde la nube pace facciones de carteros perdidos en las verjas y encimen altos hornos azules chimeneas con viejos murallones color de perro muerto.

Cuando Vicente hore jarrones boca abajo, suba y suba las cuestas del cuello hasta los dientes para rezar a gritos la sangre de las pastas en la luz de los blancos cartones de insania, arma dios mío, el brazo de las rejas y el lago dormido entre zanjones rayados y corbatas, cuando Vicente vuelva, desde los años vuelva, y enciendan palideces los blandos camarones.

Y tú, mi dios, escapa, huye, cuando Vicente venga cuando Vicente venga, dios mío, cuando Vicente venga a comerte los ojos como ángeles degollados.»

Esta larga cita se justifica porque este poema que cierra el libro es, para nosotros, con «La muerte sucia» y el «Poema Nueva York», una de las más logradas y definitivas piezas del libro de Emilio Ucar, un poeta que después de catorce años reaparece con renovada fuerza creadora en el ambiente de la poesía hispanoamericana.



EN TORNO A PIO BAROJA

LOS caracteres femeninos, en la inmensa obra barojiana, tienen menos consistencia. Diríase que son seres pasivos, sin voluntad, siempre dispuestos a aceptar los órdenes del hombre y a soportar sus caprichos y veleidades, y hasta sus aberraciones.

No son caracteres femeniles como los que dibuja Unamuno en «La tía Tula» y «Tres novelas ejemplares» y un prólogo, donde la mujer, como en «Yerma», de García Lorca, tiene papel preponderante. Su personalidad es tan vigorosa que, en ocasiones, llega a eclipsar la del hombre. Sería, tal vez, ocasión de decir que, en tal caso, nos hallamos ante *mujeres de acción* — el reverso de los tipos femeninos en Baroja — y ante hombres borrosos e ineficaces, incapaces de todo acto viril. Baroja comprende al hombre, pero no puede crear tipos de mujer al modo de Shakespeare (Cordelia, Ofelia, Porcia, Gonerila), Balzac, Stendhal, Dickens o Goethe.

El amor, en Baroja, es tema inédito y merece atento estudio. Sabemos que, para Unamuno, toda mujer es, ante todo, *la madre*, hasta de su propio marido, que es hijo para ella. Todo hombre, por macho que sea, para su mujer, es siempre un niño. Nada tiene de extraño que la mujer española, en no pocas regiones, al hablarle al marido inquieto o preocupado, le diga: «¡Niño! ¿qué tienes?»

En Baroja, como bien dice César Barja, se da el amor como un elemento *intelectual o intelectualizado* («Libros y autores contemporáneos», New York, 1935, página 325). Creo, no obstante, que tal afirmación no es absoluta. Basta leer «Camino de perfección», donde Ossorio protagonista de la novela, llega hasta hacerle la corte a una monja y acaba por acostarse con la hija de los amos de la casa de huéspedes en que vivía, para convencerse plenamente. ¿Y qué decir de aquella taimada que comparte su cama con el obispo de Toledo?

Tengo para mí que Baroja no concede beligerancia alguna a la mujer. Eso explica, tal vez, su opinión de que el hombre que siente el deseo de mandar y dominar, debe quedarse soltero.

Para el autor vasco no hay, por así decirlo, intimidad verdadera entre hombre y mujer, sino más bien atracción de sexos (Cf. «Juventud, egolatría», Losada, páginas 38 a 44). Es posible que Baroja tenga razón, pero este problema no me produce desazón alguna y dejo su resolución a los psicólogos avisados.

Notemos, sin embargo, que ni Laura de «Camino de perfección», ni Micaela de «El mayorazgo de Labraz», ni Clementina de



«Las tragedias grotescas», ni Catalina ni Linda de «Zalacáin, el aventurero», son seres dotados de voluntad que ni imponen ni avasallan ni constituyen tampoco un ideal femenino. Son, en realidad, seres que se dejan llevar por el sensualismo y que llegan a veces a la depravación moral o a la inercia absoluta.

Baroja murió soltero y cabe pensar que, sin ser anormal en el

En realidad, se trata de afirmación del individuo frente a la sociedad constituida, de alguien que vive al margen de lo que llamamos *sociedad* y que se revuelve contra ella y vive gracias a ella precisamente. ¿Qué diferencia existe entre tal rebeldía y la afirmación del *yo* personal? A mi entender ninguna, pues tan honda puede ser la rebeldía del hombre íntegro a carta cabal contra la so-

por J. Chicharro de León

aspecto sexual, se limitó siempre a satisfacer fríamente, sin pasión, sus necesidades de hombre entero. Las heroínas de sus libros responden a tal concepción. El mismo dice: «Yo, que casi me hubiera alegrado de ser impotente... El sexo no es más que una fuente de miserias, de vergüenzas y de pequeñas canalladas» («Juventud, egolatría», 41). No insistamos y pasemos al elemento picaresco.

El elemento picaresco

Sabemos que «La Busca», de Baroja, que tiene analogía con «El Buscón», de Quevedo, es una verdadera novela picaresca de corte moderno. Pienso que Zunzunegui en su obra «La vida como es», ha querido superar la creación de su maestro, sin lograrlo. Esto no quiere decir, ni con mucho, que la novela de Zunzunegui carezca de mérito literario.

El *pícaro*, protagonista de las obras clásicas, se convierte en la obra de Baroja en *golfo*. La terminología cambia, pero el protagonista es siempre idéntico. No se trata, a lo que se me alcanza, de ser *immoral*. ¿Cómo puede ser *immoral* un ente que ignora toda noción de *moralidad*? Tal vez fuera mejor pensar en un *sér amoral*, esto es, en alguien que por no haber sido educado según las normas de la *moral cristiana, burguesa*, o de lo que se entiende por *moral a secas*, se muestra siempre enemigo de ella.

ciudad, como la del pícaro displicente y sin escrúpulos.

Al estudiar de cerca este problema picaresco, he llegado a pensar que la sociedad española se compone de dos elementos esenciales: el noble, en el verdadero sentido del término, y el pícaro, es decir, el hombre noble, de sentimientos elevados y espíritu abierto y el pícaro taimado.

No sé si la razón me asiste. No ignoro, sin embargo, que, en España, la clase media, por así decirlo, no existe. Se es noble o se es plebeyo y, en *sentido moral*, creo que hay pobres, pobres de solemnidad, que son verdaderos nobles, y gentes linajudas que, pese a sus ilustres blasones, a penas llegan a ser miserables *golfos* antes. Dígalo, si no, el rico chulapo del señorito andaluz.

Zalacáin, de niño y aun de mozo, tiene, sin quererlo tal vez, no poco de pícaro. En efecto, mientras los demás chicos de su edad iban a la escuela, él hallaba encanto extremado en huronear por todas partes y hasta «sabía dónde había palomas torcazes e intentaba coger sus nidos» (pág. 14) Zalacáin era audaz y temerario. Nada le arredraba. ¿Qué de extraño tiene que el pícaro de Tellagorri halle en él un discípulo adicto y bien dispuesto?

Gracias a Tellagorri, Zalacáin llega a conocer al dedillo todos los secretos de la *Gramática parda*.

Tal ciencia, aprendida con asiduidad, le fué más útil a Zalacáin que las conferencias de los maestros más sesudos y graves. Con sobria pincelada, nos hace Baroja el retrato de Tellagorri:

«Tellagorri, tío-abuelo de Martín, hermano de la madre de su padre, era un hombre flaco, de nariz enorme y ganchuda, pelo gris, ojos grises, y la pipa de barro siempre en la boca» (pág. 16).

El cuartel general de Tellagorri era la Posada de Arcale. «La tertulia de la noche en la taberna de Arcale la sostenían Tellagorri y Pichía. Pichía, digno compinche de Tellagorri, le servía de contraste. Tellagorri era flaco; Pichía, gordo; Tellagorri vestía de oscuro; Pichía de claro; Tellagorri pasaba por pobre; Pichía era rico; Tellagorri era liberal; Pichía, carlista; Tellagorri no pisaba la iglesia; Pichía estaba siempre en ella; pero, a pesar de tantas divergencias, Tellagorri y Pichía se sentían almas gemelas que fraternizaban ante un vaso de buen vino» (pág. 22).

Lo humorístico y lo picaresco se mezclan sin esfuerzo. Baroja posee el secreto de tal alianza, que es continua.

Efectivamente, el perro de Tellagorri, tan pícaro como su dueño, se llamaba Marqués: «Un perro chiquito, feo, contagiado hasta tal punto con las ideas, preocupaciones y mañas de su amo, que era como él: ladrón, astuto, vagabundo, viejo, cínico, insociable e independiente. Además, participaba del odio de Tellagorri por los ricos, cosa rara en un perro» (página 16).

Cabe pensar si Baroja, al hablar del perro, lo hace por convicción personal, o por reírse del mundo y de sus pompas.

Digamos que Baroja se divierte contando los hechos de Tellagorri y de su perro. Observemos, además, que el autor vasco insiste con frecuencia sobre el mismo punto. Así, cuando Tellagorri quería embromar a la gente, decía que: «los perros, si no hablaban, es porque no querían, pero él los consideraba con tanta inteligencia como una persona. Este entusiasmo por los canes le había impulsado a pronunciar esta frase irrespetuosa: «Yo le saludo con más respeto a un perro de aguas que al señor páfoco». La tal frase escandalizó al pueblo» (pág. 19).

Este viejo pícaro tiene ideas morales, que lo diferencian no poco de ciertos pícaros de la época clásica. Estas ideas se manifiestan al no permitir que Zalacáin, su aventajado alumno, ponga los pies en la taberna. Bien está que aprenda a desenvolverse en la vida, pero que no aprenda a beber. Esto explica la conducta posterior

EN TORNO A PIO BAROJA

de Zalacain, que jamás se mostró bebedor ni pendenciero.

En suma, las notas picarescas en la novelita que estudiamos, son más visibles en el maestro Tella-gorri, que en el discípulo Zalacain, cuya vida será aventura perpetua y acción continua.

Examinemos ahora el anticlericalismo barojiano, que no deja de tener interés.

mental se consuela pronto con una

Anticlericalismo

¿Es necesario decir que Baroja fué anticlerical cumplido y cabal? Su paisano Unamuno no lo fué menos en la edad madura, aunque fuera creyente en la juventud. Ya he tenido ocasión de escribir sobre este asunto en las páginas de «Solidaridad Obrera».

El anticlericalismo de Baroja es tan duro y feroz como el de Unamuno y hasta me atrevo a decir que más persistente. En cierta ocasión en que Baroja debía colaborar en una revista, hubo almas piadosas que le dijeron a Ortega y Gasset, que la dirigía, que los escritos de tal energúmeno, enemigo de Dios y de la Iglesia, de ser publicados, restarían lectores al semanario. La bilis de nuestro autor, ante semejantes hechos, se convierte en veneno y escribe: «Pensaban estas buenas almas, estos excelentes cristianos, que quizá yo necesitaba de la colaboración de la revista para vivir, y ellos piadosamente, hacían todo lo posible para que me suprimieran mis medios de alimentación. ¡Oh, nobles gentes! ¡Oh, corazones magnánimos! Yo os saludo desde aquí y os deseo el más incómodo de los catres en la más desagradable sala de tíñosos de cualquier hospital» (*Juventud, egolatria*, 56).

Las citas anticlericales, de sacralas de sus numerosas obras, serían interminables. Por eso, vamos a limitarnos a señalar algunas esenciales.

Baroja no cree ni ha creído nunca. Cree en la ciencia, no en la religión y, menos aún, en predicaciones católicas. Por eso, nos dice: «A mí, cuando me preguntan qué ideas religiosas tengo, digo que soy agnóstico —me gusta ser un poco pedante con los filisteos—; ahora voy a añadir que, además, soy dogmatófago» (*Ibi-*

dem, 13). Más lejos, prosigue: «La gran defensa de la religión está en la mentira. La mentira es lo más vital que tiene el hombre. Con la mentira vive la religión, como viven las sociedades con sus sacerdotes y sus militares, tan inútiles. sin embargo, los unos como los otros» (*Ibidem*, 15).

Baroja, no sin humor, sí con mucha sorna y cazurrería, nos revela el origen de su anticlericalismo. Se hallaba nuestro autor en Pamplona y, un día, acompañado de su hermano Ricardo, penetra en la catedral. Iba tatareando uno de los sonnetes que se le habían quedado en el oído, cuando, de pronto, sale una sombra negra de detrás de un confesionario y se abalanza sobre los muchachos. Quiere saber quiénes son. Le dan falsos nombres y el canónigo les dice «Ahora voy a ver a tu padre y, como un toro, salió corriendo de la catedral». Baroja concluye: Aquella escena fué para mí, de chico, uno de los motivos de mi anticlericalismo. Recuerdo a don Tirso Larequi con odio, y si viviera, no sé si vive, no tendría inconveniente en ir por las noches oscuras al tejado de su casa y gritarle por la chimenea con voz cavernosa: «Don Tirso, eres una mala bestia» (*Ibidem*, 93).

La vena anticlerical no se interrumpe y es siempre incisiva, mordaz y hasta irrespetuosa. Es verdad que merecen poco respeto los que no saben respetar las creencias ajenas y tratan de imponer su criterio a sangre y fuego, si es preciso. Nadie ignora que la intolerancia absoluta es la nota distintiva del catolicismo español, por no decir de toda la Iglesia de Roma. Seguro estoy de que, de haber podido hacerlo, hace tiempo que en España arderían de nuevo las hogueras de la Inquisición.

Cuando Baroja se establece en su propiedad de Itzea, todos los vecinos lo consideran como «hombre malo», como un ser sin Dios ni ley. Un chico, al verlo llegar, se esconde en un portal y exclama: «¡Que viene el hombre malo de Itzea!» (*Ibidem*, 11).

Baroja, sin inmutarse, añade: «Quizá este chico había oído a su hermana, y la hermana había oído a su madre, y su madre a la sacristana, y la sacristana al cura, que los hombres de poca religión son muy malos...; quizá alguno había leído un librito del padre Ladrón de Guevara, titulado *Novelistas buenos y malos*, y que dice que yo soy impío, cleróforo y deshonesto» (*Ibidem*, 11).

Las notas anticlericales son más bien raras en Zalacain, y, hasta hay alguna que no es modelo de buen gusto ni de finura. Dice así: «Un día, sobre todo, nos trajeron sidra y entre la sidra y las habichuelas se nos armó una que tuvimos que hacer cola delante del

confesionario. Pocas veces se ha visto una congregación de fieles tan apenados para entrar en el confesionario como nosotros. Jefes y soldados íbamos con gran dolor de corazón a cantar nuestra canción de las habichuelas a la pequeña garita del señor cura» (*Zalacain, el aventurero*, Austral, 105).

Veces hay en que el anticlericalismo barojiano, por no decir su irreligiosidad, alcanza la más alta cumbre. En efecto, llega el protagonista de *Camino de perfección* a un pueblecito y encuentra que en su habitación, «habían colgado en la pared una escopeta y una guitarra; encima, un cromó del Sagrado Corazón de Jesús. Ante aquellos símbolos de la brutalidad nacional, empezó a dormirse...» (pág. 177, Op. cit.) Todo comentario huelga y nuestro autor es responsable único de sus dichos. No hay que extrañarse de que tales palabras hayan sido expurgadas de sus *Obras completas*, publicadas en Madrid.

Hay en *Camino de perfección* un detalle curioso, que deseo indicar, pues, en mi opinión, se trata de una influencia del Arcipreste de Hita, que escribe el *Libro de Buen Amor*. Sabido es que la latino Arcipreste corteja a una monja. Ossorio, protagonista de *Camino de perfección*, hace lo mismo al ver a una monja joven y guapa en la catedral de Toledo. Hay, no obstante, una diferencia esencial, que se debe a la época de cada personaje.

La monja del Arcipreste muere. sin duda, por voluntad divina, a fin de castigar el error monjil. La monja de Ossorio, más moderna, desaparece, es decir, la trasladan y todo queda concluido.

El joven enamorado, casi enfermo de amor humano, no se consuela fácilmente. El Arcipreste, más carnal tal vez o menos sentimental se consuela pronto con una deliciosa mujer mora.

Nadie ignora que Toledo ha sido ciudad mística integral en la época clásica. Sin embargo, el protagonista de *Camino de perfección*, pese al Greco y a su famoso *Entierro del Conde de Orgaz*, no halla en ella nada espiritual, que sirva de reposo al alma atormentada. Por eso, después de haber cometido no pocos desaciertos y desatinos, busca la paz en otras tierras.

Esa ciudad mística, que Blasco Ibáñez nos describirá también en *La Catedral*, «no era ya la ciudad soñada por él, sino un pueblo secularizado, sin ambiente de misticismo alguno» (*Camino de perfección*, 217).

«Allí vivían» los caciques, dedicados al chanchullo; los comerciantes, al robo; los curas, la mayoría de ellos con sus barraganas; pasando la vida desde la iglesia al café, jugando al monte, lamentán-



dose continuamente de su poco sueldo; la inmoralidad reinando; la fe, ausente y, para apaciguar a Dios, unos cuantos canónigos, cantando a voz en grito, mientras hacían la digestión de la comida abundante, servida por alguna buena hembra» (*Ibidem*, 217).

Todo es vacío, miseria, corrupción. Las ceremonias religiosas no faltan en España; pero la verdadera fe, ese fuego interior que animara a los místicos y a los mártires, no existen ya. Todo es boato, espectáculo teatral, que no ceñiente el espíritu. Cabe preguntarse: ¿Cuántos hombres, de esos que se llaman religiosos y prestos a convertirse en nuevos Torquemadas, serían capaces de morir a fuego lento proclamando la fe de sus almas? Créo que pocos o ninguno, pues no puede existir verdadera fe donde todo es aparato externo y exhibicionismo.

Basten estas breves notas para darse una idea del espíritu anticlerical e irreligioso de Baroja.

AYER Y HOY

PODEMOS decirnos los hombres del siglo XX, que somos «modernos». Porque hemos inventado, entre otras maravillas, la penicilina y los satélites artificiales, la radio y los aviones supersónicos. En realidad estamos solidamente atados a la historia más vieja de la Humanidad: la prueba es que salvamos, como tesoro de la comunidad de los pueblos, los templos faraónicos de la Nubia, y festejamos el descubrimiento de los cráneos de los mártires. Al mismo tiempo que casi tocamos con la mano la luna, festejamos las victorias arqueológicas. El cordón umbilical que nos une a los primeros hombres no sólo no se ha roto, sino que cada día se revela más resistente. Y si les rendimos pleitesía al cinematógrafo y a la televisión, como si fueran deidades más que olímpicas, la enigmática Etruria no tiene ya secretos para nosotros y conocemos hasta la vida cotidiana de los babilonios y de los hititas. Más estratosféricamente ascienden los aviones, más científicamente cavan el subsuelo las picas de los arqueólogos. Más caminamos para adelante y más caminamos para atrás. El hombre, en suma, se amplifica por arriba y por abajo, se universaliza en sí mismo.

Edmundo Avilés Ramírez



Todavía el problema de la cerámica ibérica

(Continúa Azaila)

CABRÉ atribuye acertadamente el incendio de la primera ciudad ibérica al tiempo de las guerras sertorianas, hacia 77 años a.d.n.E. La fecha de la ciudad reconstruida después del incendio sertoriano habría que fijarla, en su primera etapa, entre el 77 y el 43 a.d.n.E.: por dos tesoros de monedas encontradas en aquélla, de módulo reducido y desgastadas, procedentes de Iltirida, Tarraco, Sethiscen, Cese, Lagine, Salduie, Bilbilis, Secaisa y otras.

Representando la etapa final de la ciudad reconstruida (43-27 antes de nuestra Era) se hallaron las monedas hispano romanas de aspecto más moderno y módulo reducido de cecas próximas a Azaila: Celsa, Belgion, Lagine, Salduie, Iltirida — con una loba en el epigrafe — y muchas de Celtiberia. No se encuentran ni monedas bilingües de Celsa ni las de esta ciudad con el retrato del emperador Augusto, acuñadas a partir del 27 a.d.n.E., lo cual es un dato negativo para fechar la destrucción definitiva de la ciudad ibérica de Azaila y su último incendio. Este siguió a un largo asedio, después de una fuerte preparación artillera con arietes y catapultas que abrieron un boquete en las murallas. Esta destrucción debió de tener lugar al final de las luchas entre Octavio y sus triunviros, en la que tomaron parte muchas ciudades indígenas, o bien, después de las últimas sublevaciones.

Otros indicios cronológicos son las ruinas de los templos. El segundo de Azaila — el primero fué edificado muy al principio de la primera ciudad ibérica — fué decorado con estucos policromos del estilo de Pompeya de la Villa del Misterio, entre 150 y 80 a.d.n.E. El tercer templo fué de planta in atis y en él aparecieron dos cabezas de bronce, romanas, representando a Octavio y su esposa (¿Livia?) que deben fecharse hacia 31 (Curtius) o 30 a.d.n.E. (Lippold).

La cerámica de importación da también algunos indicios cronológicos. No hay cráteras agallanadas

por P. BOSCH GIMPERA

como las de Calaceite, de Cabreira de Mataró o de Ensérune. La cerámica «campaniense» barnizada de negro abunda, pero no da una cronología exacta y en muchos casos puede tratarse de imitaciones locales. Hay ánforas viñarias romanas y para aceite del siglo II y primer tercio del I a.d.n.E. y cerámica de Aco que pertenece al último momento de la ciudad. También hay lucernas romanas de tipos posteriores a 150 y nada de *terra sigillata*.

La cerámica ibérica pintada, por sus tipos de decoración ha sido agrupada por Cabré en seis períodos: A a F, de los que los A a D corresponden a la primera ciudad ibérica anterior al incendio del tiempo de Sertorio, o sea, desde el principio de la ciudad a 77 a.d.n.E. Los períodos E y F pertenecen a la reconstrucción postsertoriana, desde el 77 hasta su destrucción hacia 27 a.d.n.E. Para estas dos últimas etapas nada tenemos que oponer a la cronología de Cabré. En cambio, para las de la primera ciudad creíamos deber llegar a fechas distintas, aceptando las conclusiones de Cabré en cuanto a la sucesión de las etapas y a sus características; pero, por los paralelos que pueden establecerse con otras regiones y estilos de la cerámica ibérica, sobre todo para las etapas de Azaila A-C, las fechas de Cabré para ellas nos parecen demasiado bajas.

El período A de Azaila tiene motivos geométricos y curvilíneos sencillos, con círculos concéntricos y líneas onduladas de los tipos de Calaceite y Sidamunt (110), sombreros de copa, vasos bicónicos, tapaderas y binochoes de fondo plano parecidas a las de San Antonio de Calaceite (111) y el Castellet de Bañolas (112) con decoraciones de espirales, así como una tapadera con círculos concéntricos y líneas onduladas que recuerda a la vez a Calaceite y a Fontscaldes (113). Cabré fecha este período de 219 a 195 (?) y lo cree resultado de una conquista

de los iberos de Urgel sobre los anteriores celtas del valle del Ebro. La equivalencia de los elementos de decoración de Azaila con los de Sidamunt a la vez que con los de San Antonio, igual que el valle del Ebro — así que aparecen los nombres de sus pueblos en las fuentes históricas — pertenece a los edetanos y no a los ilergetas del Urgel, hacen dudar de esa supuesta conquista ilergeta.

O bien son los iberos del Bajo Aragón los que se extienden por la llanura y destruyen el poblado céltico o, más probablemente, en Azaila lo mismo que en el Bajo Aragón, hubo desde un principio una mezcla de población en Azaila edetana en la que los elementos célticos fueron absorbidos a la larga, y la sensibilidad de los iberos para asimilar la cultura ibérica general les hizo adoptar los tipos de sus vecinos, tanto los de Urgel y demás comarcas del territorio ilergeta como los de los ilerlavones de Calaceite (114) que se habrían extendido por los vecinos territorios edetanos. En el proceso de simulación de los celtas pudieron desarrollarse luchas durante las cuales su poblado fué incendiado. En cuanto a la fecha del primer período (A) de la cerámica ibérica de Azaila, la propuesta por Cabré nos parece decididamente demasiado tardía. En primer lugar, el parecido entre los tipos de Azaila con los de San Antonio de Calaceite se refiere a los menos recientes de Calaceite — por ejemplo, la oinochoe de base plana y las hojas de yedra combinadas con espirales, de perfil todavía no estilizado y diferentes, por lo tanto, de la «yedra exenta» —, lo mismo que los tipos igualmente menos recientes de Sidamunt y Tivissa, que en estos lugares son probablemente del siglo IV (115). Y, en segundo lugar, la cronología de Cabré deja poco espacio para el desarrollo de los períodos siguientes cuya fecha hay que subir forzosamente. Es muy posible que el período A de

Azaila llegue a fines del siglo IV y, en todo caso, no puede alejarse demasiado de 300.

Los períodos B y C, que Cabré fecha respectivamente entre 195 y 150 (el B), y entre 150 y 134 (el C) tiene gran parecido con las decoraciones de la necrópolis de Belmonte (cerca de Calatayud, provincia de Zaragoza) en Celtiberia, de lo que nos ocuparemos luego, perteneciente a la etapa de asimilación de influencias ibéricas en las necrópolis posthallstáticas durante el siglo III y anteriores al arte «iberizante» de Numancia del siglo II. En el período B de Azaila, las formas de los vasos de tipo muy posthallstático (116) y, en el C, en un «sombrero de copa» con una reminiscencia muy próxima a las decoraciones pintadas en los vasos de Marion y de Al Mina de que hablaremos al tratar de Belmonte y que llegan hasta este último lugar. Posiblemente el grupo ibérico de la llanura del Ebro a que pertenece Azaila fué el mediador, ya que geográficamente Azaila se halla tocando casi al extremo ibérico-comarca de Belchite-ilergeta con los grupos celtibéricos que comienzan en las vertientes del sistema orográfico ibérico — comarca de Cariñena — y siguen por la baja cuenca del Jalón y por la alta cuenca del Duero. Parece difícil que esos grupos B y C de Azaila no sean contemporáneos con la etapa de introducción de las influencias ibéricas en las necrópolis posthallstáticas. Por entonces debió de propagarse el tipo de pájaro que aparece en Sidamunt asociado con yedras todavía no estereotipadas ni estilizadas (118) y que pueden compararse, como las de San Antonio de Calaceite (119), con las decoraciones de Oliva-Liria que fechamos en la buena época del siglo IV, aunque sean de arte inferior y posiblemente algo más tardías. El pájaro de tipo Sidamunt, de dibujo todavía muy tosco, llega a la necrópolis posthallstática de Osma, provincia de Sevilla (120), así como en formas evolucionadas se encuentra a la vez en Belmonte y en el vaso con guirnalda de yedra de Azaila del período C (121). Nuestras fechas serían: la primera mitad del siglo III para el período B y la parte central del siglo III (antes y después de 250) para el período C.

Desde el período D comienza la evolución del estilo de Azaila que se prolonga hasta muy tarde y precisamente en todo su esplendor, cuando en otras regiones de la cerámica ibérica ésta ha desaparecido o se halla en sus últimas etapas de decadencia. Después de una primera etapa, D I, en que todavía la cerámica de Azaila no es sino un reflejo enriquecido y barroco de los motivos de la hoja de yedra «exenta» de Sidamunt (122) y de la guirnalda de hojas



Cabezo de Alcalá (Azaila). Estilo clásico de Azaila. Decoraciones del período E2 (post-sertoriano 77-43 a.d.n.E.). De Cabré, Corpus, Azaila.)

Todavía el problema de la cerámica ibérica

de yedra parecidas a las de Belmonte (123), en las etapas siguientes D 2-5, se llega a las combinaciones más originales de nuevos motivos y de espirales, manteniéndose, sin embargo, el íntimo parentesco con las decoraciones de D 1. Cabré fecha todas las etapas D muy tardíamente: comenzando D 1 en 134 y terminando D 5 en 77 a.d.n.E., en el momento del incendio de la época sertoriana. También en esta cronología vemos nosotros grandes dificultades. Ante todo nos parece poco tiempo para el desarrollo de un arte original que hasta entonces se había revelado poco creador y dentro del cuadro de los estilos vecinos y, luego dadas las estrechas relaciones que tiene D 1 todavía con Sidamunt y Belmonte, su fecha no puede estar muy lejos del fin de aquellos grupos. Por ello fecharíamos D 1 como habiendo comenzado todavía cuando Sidamunt se halla aún en pie a fines del siglo III y principios del II, con su fin más o menos en la época de las campañas de Catón (hacia 195) —en que Azaila no parece haber experimentado la misma destrucción de otros poblados etetanos e ilergetas— siendo las etapas D 2-5 del tiempo entre Catón y Sertorio, o sea, de 195 a 77 a.d.n.E. Esta época fué de paz en la llanura del Ebro y las campañas romanas, como las guerras celtibéricas, tenían por teatro otras regiones, así como las gentes ibéricas del valle del Ebro eran cada vez más susceptibles de romanización. Esto lo acusa el texto de la inscripción de la tabla de bronce encontrada en Italia, en que se transcribe el decreto de Sexto Pompeyo Estrabón, el padre del Magno, que recompensa a los soldados de la «turma Salluitana» —sea el escuadrón de Zaragoza, entre los que se citan gentes de distintas ciudades de la región edetana e ilergeta— con la ciudadanía romana por su comportamiento en el sitio de Asculuma (Ascoli) en 90 a.d.n.E. durante la guerra social de Italia (124). Esta época de paz y prosperidad sería la que se reflejaría en el gran desarrollo de la cerámica de Azaila que entonces crea su estilo propio, independientemente ya de influencias de otros centros ibéricos que han desaparecido o se hallan en decadencia.

El estilo que se desarrolla durante la etapa D 2 sustituye la hoja de yedra exenta —usada como motivo principal— por un motivo en forma de «capitel jónico» arcaizante de orden simple (125) y la hoja de yedra exenta, cada vez más estilizada y complicada con decoraciones de espirales, pasa a segundo término. En la etapa D 3 se metamorfosea el «capitel jónico» en otro al parecer compuesto que decora a veces los dos frentes del vaso, continuando muy trans-

formadas las hojas de yedra y su combinación con otros motivos (126). En las etapas D 4-5, respectivamente, aparecen debajo de las asas de los vasos los motivos en forma de dos CC y SS entrecruzadas y los dos frentes se decoran con franjas estrechas verticales de motivos geométricos y vegetales, empezando a aparecer frisos de pájaros que se continuarán en el periodo siguiente, con formas correctas pero estilizadas (127).

El incendio de la época sertoriana, si bien destruyó la ciudad ibérica y obligó a su reconstrucción, no parece haber afectado a la prosperidad de Azaila y, precisamente después de aquel incendio, el período E representa el máximo esplendor de la decoración de la cerámica, a base, principalmente, de figuras animales y humanas, desarrollándose los pájaros que comenzaron en el periodo anterior y con temas geométricos y vegetales que Cabré supone romanizados (128). Las fechas que Cabré asigna a este periodo E (77 a 43 a. d.n.E.) nos parecen exactas, lo mismo que las del último periodo F (43-23 a.d.n.E.) en que desaparece todo rastro de la hoja de yedra exenta y de las figuras humanas y de animales y se disponen los motivos geométricos y vegetales en estrechas fajas verticales, predominando los de forma de cayadas y estilizaciones diversas, dando una cierta impresión de rigidez y de falta de imaginación que contrasta con la anterior fecundidad de creación (129).

(110) Cabré, *Corpus Azaila*, fig. 13; Colominas-Durán, *Urgell*, figs. 408-409.

(111) Cabré, *Corpus Azaila*, láminas III-IV; Bosch, *Cult. ib. Bajo Aragón*, fig. de la p. 34.

(113) Cabré, *Corpus Azaila*, lám. L, 1; Bosch, *Etnología*, figs. 369 (p. 397) y 373 (p. 401).

(114) Después del estudio de S. Vilaseca en Vilaseca, *Coll del Moro*, fijando los límites de los iler-cavones, parece probable que a ellos perteneció la cultura del Bajo Aragón en la cuenca del Matarraña, representada por San Antonio de Calaceite, lo mismo que la representación en Cataluña el Castellet de Bañolas de Tivissa. Con ello se debe rectificar lo que suponíamos en Bosch, *Etnología*, en donde todo el Bajo Aragón se creía edetano. Probablemente los edetanos no comenzaban hasta después de la divisoria entre las cuencas de la Matarraña y del Guadalupe, con Caspe y Alcañiz, en donde hay una cultura emparentada con la de San Antonio de Calaceite y representando la misma etapa cronológica anterior al arte peculiar de Azaila en sus desarrollos del siglo II.

(115) Lan Antonio de Calaceite: Bosch, *Anuari VI*, fig. 510 y Cabré: *Corpus Azaila*, fig. 10. Si-

Arte y Artistas



Pocas novedades a relatar a nuestros amigos de Francia. Temiendo el calor los artistas desertan Barcelona dejando las salas vacías en compás de espera que les permita acicalarse de nuevo para recibir con la suma de coquetería posible las aportaciones artísticas que los interesados le reservan al otoño, esa llamarada breve y multicolor que convierte en ceniza los sueños de verano.

En Syra, Laura Padoa exhibió una suma de variedades al pincel y al lapiz refuljando atinadamen-

te estados de espíritu humano de marcada influencia oriental. Laura discurre anatomía arbitraria, de sueño, sirviéndole maravillosamente de pretexto las complicaciones del arabesco. Diseño, en todo caso, seguido en relleno por el pincel, cuyos colores enriquecen la idea de la autora, de la cual aceptamos su propiedad de estilo.

En el salón del Ateneo Barcelonés, Monreal Mac-Mahon presenta un par de docenas de trabajos a pluma muy dignos de la época en que la fotografía estaba aún en pañales, queremos decir, de cuando el retratista a pluma era verdaderamente esto y no lo de ahora, que no da más que fisonomías y trazos borrosos a título de modernidad fácilmente traducible en impotencia. Aun en esta época maleada, Mac-Mahon resulta un viñetista estupendo; tan fina y arrobadora es su línea y tan cierto el objeto que reproduce.

Según datos que facilitan quienes han estado en la «Antes de Picasso y después de Miró» de Nueva York, el abstraccionismo barcelonés se ha apuntado un triunfo. Bien es verdad que los Tápies, Farreres, Juana Frances, Lucio, H. Pijoan, Ribera, Cases, Saura, Feito, Millares, Canogart y Cuixart que, al parecer, han entusiasmado, han tenido —o les han tenido— la prudencia de acorazarse con 21 obras (telas y dibujos) del precursor Isidro Nonell, ocurrencia que no quita mérito a los expositores, pero que retiene al público para posteriores y meditadas contemplaciones. Las figuras nonellianas (pordioseros errabundos, gitanos, entes populares, titiriteros...) dan el tema, en torno al cual parecen circular las ideas capciosas, exuberantes, vaporosas, torturadas, a veces indescifrables, de nuestros extremo-impresionistas actuales.

Si el pincelismo barcelonés en Nueva York ha conquistado público y doctores (piezas de Rivera, Tápies, Feito y Saura han sido adquiridas por la casa expositiva, el Museo Guggenheim) tanto mejor para todos. La gloria no tiene ángulo ni redondez; pero en cuanto al dólar, ya es otra cosa. — C., Barcelona.



damunt: Colominas-Durán, *Urgell*; figs. 412-413 y Cabré, *Corpus Azaila*, figs. 7 y 9. Tivissa Vilaseca-Serra-Brull, *Tivissa*, láms. XX y XXI.

(116) Cabré, *Corpus Azaila*, lámina V.

(117) Cabré, *Corpus Azaila*, lámina VII.

(118) Cabré, *Corpus Azaila*, lámina VII.

(119) Bosch, *Anuari VI*, fig. 510; Cabré, *Corpus Azaila*, fig. 10.

(120) Cabré, *Estelas ibéricas ornamentadas del Baix Aragón*. (*Anuari VI*, 1915-20, pp. 620 y ss.) fig. 452 (p. 641).

(121) Belmonte: Bosch, *Not. preh., arag.*, p. 62, fig. 19. Bosch *Poblamiento*, lám. LXX; Bosch, *Etnología*, fig. 508 (p. 562). Azaila: Cabré, *Corpus Azaila*, lám. VI.

(122) Azaila: Cabré, *Corpus Azaila*, láms. VII, 4; VIII-XV. Sidamunt: Cabré, *Corpus Azaila*, figs. 6 y 8; Colominas-Durán, *Urgell*, fig. 410.

(123) Cabré, *Corpus Azaila*, lámina VIII, 1; Bosch, *Not. preh. arag.*, p. 62, fig. 19; Bosch, *Etnología*, fig. 508 (p. 562); Bosch, *Poblamiento*, lám. LXX.

(124) Ver P. Bosch Gimpera y P. Aguado Bleye, *La conquista romana de España* (*Hist. Esp. M. P.*, vol. II, 2a. ed. Madrid, 1955), pp. 195-198 y fig. 150.

(125) Cabré, *Corpus Azaila*, fig. 12 y láms. XVI-XVIII.

(126) Cabré, *Corpus Azaila*, láminas XVIII-XIX.

(127) Cabré, *Corpus Azaila*, fig. 120 y láms. XX-XXVIII.

(128) Cabré, *Corpus Azaila*, láminas XXVIII, XXXI-XXXVII, LXIII.

(129) Cabré, *Corpus Azaila*, láminas XXXIX-XLV y XLVI, 1-2.



La Escena

«Tu mujer es cosa mía»

TITULO de comedia musical que se apareja la réplica del «¡Que te crees tú eso!» esencialmente madridista, y que, sin embargo, Prada e Iguino por la letra, y Ferrés y Escobar por la música le dieron pábulo convencidos de una materialización exitosa.

«Tu mujer es cosa mía» se ha dado en La Latina con pasable fortuna lograda por la flúida comicidad de las situaciones, baladís pero bien llevadas, además de alegremente sonorizadas y esculturalmente y desenfadadamente magnificadas por verdades cuales Lilián de Celis, Mari del Sol, Maruja Bustos y otras gracias anatómicas y no decimos más.

«Alinka», de Casanova y Contreras, ha fracasado en el Fuen-carral. Pieza sin ingenio, des-ortante en vulgaridades, penosamente desarrolladas hasta el fin por el arte de Amparo Lerma y Juan Barbarrá y la música — donosa — del maestro Contreras. Si empresario y autores sacan para cubrir gastos les felicitamos.

Otro puñetazo contra el vacío: «Las tres me quitan el sueño», con Garrido y Palacios como delincuentes, y el Victoria como escenario del delito. Comedia a la cadena, impresión de noria. Risa provocada por el absurdo que rinde, pero que difícilmente edifica. Obra — como tantas otras — para ser renunciada. En el índice compañeril los actores y actrices Gómez Bur, José Codoñer, Margot Cottens, Olga Peiró y Lola Herrera.

Fernández del Villar ha sido mimado por la compañía Martínez Soria en el Maravillas y en su obra: «La educación de los padres». El género, de puro olvidado, ha sorprendido gratamente al espectador madrileño, máxime disponiendo Martínez Soria de una gracia peculiar para la pantomima. En tiempo de verborrea fácil y molesta como el presente, la expresión silenciosa es más que nunca saludable.

Otro título expresivo: «Primada viene de primo». Para el Cómico con la rúbrica de Luis Tejedor, doctor en medicina y conjugador de situaciones familiares en las que no faltan la dama ligera ni el marido celoso, ambos envueltos en la madeja que el autor irá desenredando al tiempo que espía al público para ver si ríe. Comprendemos al doctor contando historietas en la peña para sacudirse el saco de penas hospitalario. Pero no consideramos lícito que ese desfogue personal lo ponga a cuenta de la escena.

En el María Guerrero un joven autor Joaquín Marrodán, pasa su «Miedo al hombre» mediante el Teatro Nacional de Cámara que dirigen José María Escuer y Carmen Luján. Marrodán observa la vida a su manera — como todo quisque — y lo relata. A buen

seguro la visión social del autor no va muy lejos; visto el hombre por su cuenta lo discute, pero no lo modifica; se queda en lo de hoy — tan ingrato — pese a sus deducciones, bien formuladas, bien meditadas, aunque sin futuro apreciable. Bien dotado, a ver si este autor primerizo se arriesga más en las nuevas producciones que de él se esperan.

«Su abuela, la pobre», la ofrecen Calderón y Vázquez en la Comedia. Signo de ambos autores: dialoguistas radiofónicos, c a z actualidades. De golpe han saltado a la escena para materializar sus dichos o sus personajes. De la invisión a la presencia hay una distancia que precisa salvar con conocimiento de causa, paso que ambos autores han dado con acierto. Sin gran dificultad por el resto: el sainete no es más que un rosario de bien dichas naderías.

Paso y Montorio dan en el Calderón «Dos señoras para escoger». Ambos — letrista y músico — pretenden ir al éxito por los caminos trillados, por los senderos que alejan de la originalidad. «Dos señoras para escoger» concitan, de puro sosas, a no escoger ninguna, y que las bellas Carmen Esbri y Elena Puerto y la no menos agradable Marisa de Landa nos perdonen, máximo no teniendo ellas la culpa de no representar una obra más «desconocida». ¿Cuándo se terminará en el teatro español el «siempre lo mismo»?

En el Zarzuela Pemán y Sorozábal han presentado remozada la antigua zarzuela «Pan y toros», letra de Picón y música del famoso maestro Barbieri. Quien la hubiere visto recordará que se trata de una crítica política ochocentista. Adaptada a la época actual el sabor popular en parte desaparece, y la crítica tan mordaz como graciosa. Por algo el cericola Pemán le ha metido mano. ¡Hay que agradecer a Franco! El maestro Sorozábal ha sido discreto; pero Barbieri podía pasarse de sorozabalerías.

Anotemos ahora de la capital de Cataluña, lo escaso que se da en ella. Hay algo de Tejedor y Alfayate indicando que «Los maridos no se prueban»... en el teatro Barcelona. Poema desafortado de los celos, quedando los celos — ¡naturalmente! — sin poema. Pero son los celos quienes impéran, en sus diversas gradaciones, sobre la obra, por lo demás calificada de divertida por los entendidos, y de mero pasatiempo por



La Pantalla

EL FESTIVAL DE SAN SEBASTIAN

NO han acudido estrellas externas en el VIII Festival Internacional Cinematográfico. Exigeh minuta que la comisión, está visto, no puede satisfacer. Realizadores, algunos, con propósito de presentar sus estrenos. El ambiente, «sideralmente» considerado, ha resultado, pues, frío. Lo más recogido, lo más caluroso, la sesión diaria de retrospectivas, pasando celuloideos añorados.

El cine soviético descorrió la cortina. Húngaros y polacos emitiendo conceptos tranquilos, rematadamente burgueses. Los primeros presentan una tesis contraria al amor libre y los segundos enfrentan un haragán con la sociedad, dejándose el insumiso reconquistar para el trabajo.

Los argentinos han proyectado en muestra de hielo «He nacido en Buenos Aires». Tango. Inferior, de todos modos, al ya fenecido «Yo nací en Entre Ríos».

Alemania propone «El juez de menores», muy concienzudo, dostoienskiano incluso, con muchacha delincuente y omisión de las causas de la delincuencia. Nada nuevo.

Checoslovaquia dió, con técnica superior a sus vecinas Hungría y Polonia, «Romeo, Julieta y las tinieblas». Tema patético con juicios y verdugos nazis. Interés fácil de lograr, sin mucho recargo partidista.

«Las piedras del camino» logra interés por la razón exótica de los japoneses, que son ellos y dan lo suyo cuando no se confunden con la panorámica social europea.

los que no entendemos tanto.

En lengua vernácula, un refruto: el vodevil «Nanette m'ha dit si» de Hannequin y Veber, rebosante de gracia y más siendo ogaño representado por la «colla» de la simpatiquísima Josefina Góbell en el Romea.

Asimismo en catalán e igualmente en el imprescindible Romea ha hecho aparición el cura obreiro que los autores Vendrell y Tapias — dos hombres para medio heroísmo — han importado de Francia. Ambiente: el parisino, con el portuario comunista, el tabernario bronquista, el obrero influenciado, el existencialista despistado, la muchacha crédula y por crédula vulnerable, es decir, todo un mundillo previsto y casi cierto y como preparado para ser catequizado por el padre André después de la descarga de gabarras. El golpe final los autores lo dan haciendo matar por el «malo» al padre André en el vértice mismo de su triunfo, tras cuya inmolación todo el personal del bar cae en bloque en los amantísimos brazos de María Santísima.

Preguntamos: ¿Es que Vendrell y Tapias sacrifican al padre André para que el Padre Santo, excomulgador de curas obreros, no los excomunique a ellos?

Y «prou», hasta que el calor ceda. — C.

Hollywood presenta un film inteligente que recorrerá pantallas: «El sargento negro».

Francia, por intermedio de Abel Gance pasó un cacho de su historia más fastuosa con «Austerlitz», película menudamente detallada, ampliamente ambientada según el gusto de Francia para la inmortalidad.

Italia firma «Il Magliari», un triunfo exclusivo para la belleza de Belinda Lee. Lo francés ha reincidido con «Le pickpocket», Argentina con «El día de fiesta» (más afortunado que el nacer en Buenos Aires), e Inglaterra irrumpió con «La Liga de los Caballeros», asociación de atracadores escapada del honor de cuarto de banderas, ocurrencia que pone a prueba la integridad moral de la clase social «de altura». Lo indostánico es «Samminabantu», especie de teatro simple, cuyo significado, empero, el blanco no comprende.

España rodeó su programa con una nube de sus pelucistas y de cuanto artista extranjero ha participado en sus producciones mixtas. «La mentira tiene los cabellos rojos» es una comedia al estilo clásico español que verá su pelo blanquear de súbito cuando intente traspasar el umbral europeo.

Como revelación hispana, una «Pablita»: Mary Sol, malagueña de 11 años. Tiene soltura y arte, desprendimiento y salero. La metieron en un film — corto — sensiblero, de mal gusto, y salió airosa y garbosa de la peligrosa prueba. Por una vez, ¡olé!

Otra escapadita platense la marcó el «Yo quiero vivir contigo», nada sosa la cinta y con más verdad que sus films compañeros. Al fin, cine serio.

En las postrimerías del «Festi» Italia ha presentado «El colorette» (Il rossetto), juzgado plausible, siguiéndole Norteamérica con «Fugitivo de sí mismo», asunto mississippiense sombreado de un dramatismo que puntualizan máximamente Marlon Brando y Ana Magnani.

En fin, la Concha de Oro fué atribuida a «Romeo, Julieta y las tinieblas» y la Concha de Plata a «Fugitivo de sí mismo». El premio Perla del Cantábrico para producciones castellanas se lo llevó Méjico por su largo metraje «Simitrio».

Además fueron repartidos, en profusión, premios a producciones variadas y de menor cuantía. — JUAN DE EASO.

Páginas de la Historia del

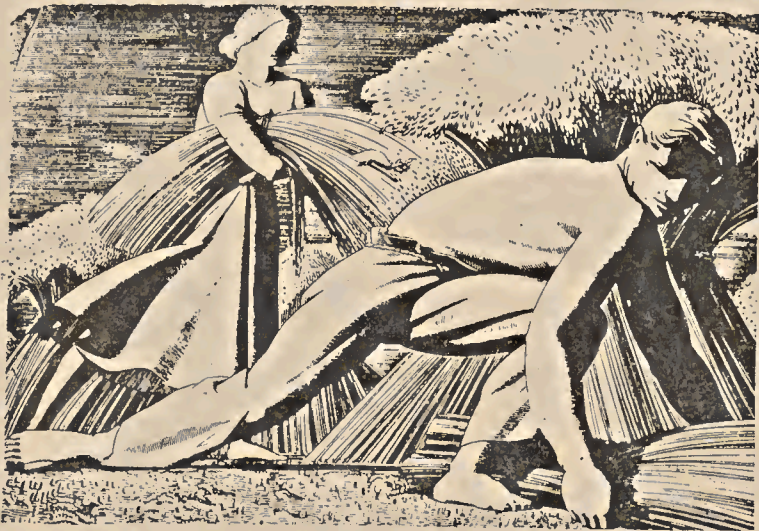
Descontento permanente y supervivencias medievales

La clase media, que comenzó a tener valimiento en la vida pública durante la guerra de la independencia, 18-8-1814, valimiento que había apuntado ya en el siglo XVIII, sobre todo en el periodo de Carlos III, se convirtió en el curso del siglo XIX en la clase política propiamente dicha y fué ella la que alentó en constitucionalismo y otras reformas; pero fué impotente contra los grupos de presión que mantenían sus privilegios y su poder efectivo: nobleza, alto clero, latifundismo. La burguesía quiso ser liberal y reclamó la adhesión popular en nombre de determinadas ideologías políticas; pero cuando comprendió que las masas populares no se resignaban a ser meros comparsas, comenzó a reclamar orden en la calle, gobiernos firmes, capaces de poner trabas a cualquier extralimitación de las masas, que iban formando a pesar de todas las dificultades y restricciones sociedades obreras en Barcelona y se reunían amenazadoras en los campos andaluces, sobre todo en los años de desastres agrícolas.

J. Díaz del Moral resume así las consecuencias de una de las hambreras periódicas de Andalucía, injertada sobre la penuria permanente, la de 1834. En Baena morían de hambre diariamente diez o doce personas; nutridos grupos recorrían las calles pidiendo a gritos pan; la cárcel se llenaba de reos de hurto y robo, a quienes se dejaba ir a declarar sin guardias, pero todos volvían, porque, aunque mal, en la cárcel se comía algo; los que lograban un jornal, no compraban con él más que una torta de cebada que consumían con su mujer y sus hijos por la noche, pues de día no comía ninguno; cuando brotaron en la primavera de 1835 las primeras espigas en los campos, mujeres y niños se arrojaban sobre ellas, a pesar de los golpes que les propinaban los guardianes; en treinta meses, Baena, que contaba 12.000 habitantes, perdió, por efectos del hambre, 2.000. En Bujalance, durante otro período de hambre, las mujeres vendían su cabellera si alguien quería comprársela, para dar de comer a sus hijos (1).

Con situaciones como éstas, todavía el 25 de febrero de 1834, un real decreto establecía la condición social de los obreros del modo siguiente: «Art. 1º: Todos los que ejercen artes u oficios mecánicos por sí o por medio de otras personas, son dignos de honra y de estimación, pues que sirven útilmente al Estado. Art. 2º: En

(1) J. Díaz del Moral, «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas, Córdoba» (Madrid, 1929, págs. 43-44).



consecuencia, podrán obtener todos y cualesquiera cargos municipales y del Estado. Art 3º: Podrán asimismo entrar en el goce de nobleza e hidalguía, si la tuviesen, aspirar a las gracias y distinciones honoríficas y ser incorporados a Juntas, Congregaciones, Corporaciones, Colegios, Cabildos y otras corporaciones de cualquier especie, siempre que tengan los demás requisitos prevenidos por las leyes o reglamentos.»

Esto casi a medio siglo de la Revolución Francesa.

La pugna entre las peores tradiciones del espíritu teocrático y de los prejuicios aristocráticos y el ansia de progreso y de libertad no decrecen en todo el curso del siglo XIX.

Iniciación socialista

Antes de promediar el siglo XIX vemos entrar en escena hombres notables por su abnegación y su espíritu progresista, al mismo tiempo que por su sensibilidad social.

Sebastián Abreu, aquel diputado que votó en 1823 la deposición de Fernando VII, hallándose en el destierro en Francia entró en contacto con las ideas de Charles Fourier y luego fué propagandista de esa corriente de ideas en Cádiz, en el decenio de 1840-50, al volver al país después del abrazo de Vergara (31 de agosto de 1839) entre Espartero y Maroto, abrazo que puso fin a la primera guerra carlista. Los periódicos de Cádiz y el «Eco del Comercio» de Madrid contienen referencias sobre esa propaganda. Reunió algunos adeptos, entre ellos Pedro Luis Ugarte, Manuel Sagrario de Veloy, Faustino Alonso. Hacia 1841, Sagrario de Veloy intentó llevar a la práctica las ideas de Fourier en un lugar llamado Tempil, cerca de Jerez, para lo cual se reunió una fuerte suma, pero el gobierno se opuso a aquellos planes. Una repercusión tardía de la propaganda de Abreu

llegó hasta el joven Fermín Salvocnea.

Las ideas socialistas hallaron acogida entusiasta entre los campesinos andaluces y se ve en su difusión a nombres como Pedro Bonorquez, Ramón de Cala, Doronzoro, Rafael Guillén y otros, algunos de los cuales, Doronzoro y Guillén, por ejemplo, murieron en lucha contra tropas gubernamentales.

También en Madrid y Barcelona tuvo el fourierismo núcleos importantes de partidarios, con Federico Carlos Beltrán, Javier Moya, Domingo de la Vega, etcétera. Uno de los trabajos de Fernando Garrido, «Cartas del apóstol socialista a Juanón el Bueno, alias el pueblo español», costó a su autor un largo período de prisión.

En marzo de 1848, en un período de intensa agitación revolucionaria, apareció en Madrid «La Organización del Trabajo», periódico en cuya redacción participaban Federico C. Beltrán, Sixto Cámara, Joaquín Martínez, Juan Sala y Fernando Garrido. Dentro de la corriente republicana insurreccionalista, reflejaba la agitación europea de la época.

Un hombre representativo del siglo XIX español en lucha por una España mejor, fué Sixto Cámara, periodista, conspirador y combatiente valeroso, nacido en Milagros, Rioja, en 1825, de familia humilde, que no pudo costearle estudios superiores. Sin embargo, estudioso por vocación, inquieto, entró en su primera juventud en un batallón de milicianos nacionales. Llegó a Madrid en 1843 y comenzó a publicar sus primeros trabajos en «La Tertulia», luego en «El Nuevo Espectador»; en 1846, junto con Fernando Garrido, se adhirió al fourierismo y defendió la posición socialista en el decenario «La Atracción» que publicaba Garrido y en el cual colaboraban Ordax AVECILLA, Federico Beltrán, Moya y Vega, y

por Diego

en «La Organización del Trabajo», periódico suprimido por el gobierno a raíz de las jornadas revolucionarias en que participó aquel mismo año activamente Sixto Cámara. Publicó después un libro titulado «El Espíritu Moderno», un trabajo dedicado a la infancia, «Guía de la juventud», y en el ensayo «La cuestión social» rebatió las doctrinas de Thiers sobre la propiedad y sobre los sistemas socialistas. Fué secretario de la Junta organizadora democrática que presidía Calvo y Mateo y a fines de 1849 dirigió «La Reforma Económica» y después «El Eco de la Juventud», que se refundieron en la «Asociación», suprimida por real orden. Tras una breve ausencia de Madrid, volvió en 1851 y continuó su beligerancia. Transformó el periódico satírico «El Sueco» en «La Tribuna del Pueblo», en donde defendió la democracia y el socialismo; pero el periódico fué denunciado doce veces consecutivas y tuvo que ceder el terreno.

En 1852 estrenó un drama, «Jaimé el Barbudo», en el Teatro de la Cruz. Amorazada toda expresión libre estalló la revolución de 1854, en cuyas jornadas sangrientas tomó parte destacada y terminó en la cárcel del Saladero con dos procesos. Recuperada la libertad transformó «El Esparterista» en «La Soberanía Nacional», en la que realizó una vigorosa campaña de moralización política y habló de curar la gangrena social con el cauterio; denunció los planes de la reacción y fué reiteradamente perseguido. Después de muchas proezas e intentos para levantar al pueblo contra la reacción en julio de 1856, logró escapar de Madrid para llevar la rebelión a provincias; los demócratas malagueños se levantaron en armas, pero a pesar de su heroísmo, fueron derrotados y Cámara pudo refugiarse en Gibraltar, desde donde salió para Lisboa junto con La Fuente y Baldomero García. Allí escribió el libro «La unión ibérica» (1859), en el que expuso su pensamiento económico, político y social. Desde la emigración preparó un levantamiento popular en Andalucía y Extremadura. Narvaez, que tuvo noticia de sus manejos, pidió al gobierno portugués que lo expulsara del país, pero no lo logró. A fines de 1859, desapareció de Lisboa y entró en Extremadura, donde se le había prometido el pronunciamiento de algunas tropas en Olivenza y otros lugares. Sus ilusiones se vieron frustradas y, perseguido de cerca, intentó al parecer volver a Portugal y murió de

movimiento obrero español

A. de Santillán

sed en aquellas ardientes jornadas veraniegas. Su amigo Moreno Ruiz no quiso abandonar el cadáver del compañero y subió al cadalso días más tarde, apresado por los perseguidores.

Ordax Aveçilla, otro de los hombres de mediados del siglo XIX, era un militante republicano de orientación socialista y publicó en Madrid el periódico «La Asociación», en el que sostenía que si la ley permitiese a los obreros asociarse, decrecería la dura competencia y serían socorridos en las crisis de trabajo, en los casos de enfermedad y en otras emergencias. El periódico llegó a tener 2.000 suscriptores y fue suprimido gubernativamente por temor a las agitaciones populares, que se hicieron sentir en 1848, con choques del pueblo con la policía y el ejército y la consecuencia obligada de prisiones, fugas, deportaciones, persecuciones.

Entre los propagandistas más tenaces y más afortunados de entonces hay que mencionar también a Antonio Ignacio Cervera. Ya a su juventud escribió una «Memoria sobre la extensión del pauperismo», premiada por la Sociedad Matritense de Amigos del País. Logró instalar una imprenta, de la que salieron numerosos periódicos y fundó y mantuvo durante muchos años la Escuela del Trabajador en Madrid, precursora de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer. Llegaron a concurrir a ella centenares de obreros madrileños, que aprendían a escribir, dibujo, higiene, francés, matemáticas, etc. Ejercían la docencia en esa Escuela Ildefonso Lozano, Benigno Joaquín Martínez, Juan Sala, Francisco Salas Vich, Alberto Campos, Pi y Margall, Federico Beltrán. Publicó el periódico «El Trabajador», varias veces suprimido y que tuvo por fin que cambiar de nombre, llamándose sucesivamente «El Taller» (1852), «La Voz del Pueblo» (1853; reapareció en 1855); esos periódicos tuvieron hasta 14.000 suscriptores y fomentaron la creación de asociaciones de obreros en Barcelona, Málaga, Figueras, Reus, Antequera, Valencia, Sevilla, Cádiz, Almería, etc. El periódico costaba dos reales al mes, era quincenal; los editores sólo cobraban tres cuartos, quedando el resto en las diversas localidades para atender a las enfermedades de los socios, para la instrucción y para los fines que conviniese (1). Cervera, maestro, perio-

(1) Fernando Garrido, «Historia del reinado del último Borbón de España», t. III.

disto, fué muy perseguido y reiteradamente encarcelado; murió el 18 de septiembre de 1860, dejando en los que le conocieron el recuerdo de un modelo de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de fe en un porvenir mejor.

Los obreros inician sus Asociaciones

Las represiones gubernativas arreciaban; pero la agitación y la protesta no decrecían. El 2 de febrero de 1852, el cura Manuel Martín Merino, de 63 años, intentó matar a Isabel II con un puñal; el atentado no pasó del susto consiguiente de la reina y el cura Merino murió días después en garrote.

Los obreros de la industria naciente se ingeniaban para vincularse en secreto y formar sociedades de defensa y de resistencia; a pesar de todas las restricciones, persecuciones y la constante vigilancia policial, a mediados del siglo XIX había en Cataluña una sociedad de tejedores a mano, otra de tejedores a máquina, sociedades de tipógrafos, de tintoreros, de pintores, de herreros y zapateros. Los salarios de los jornaleros agrícolas eran irrisorios; de dos a cuatro reales por término medio; entre los obreros industriales, los corchotaponeros y los metalúrgicos alcanzaban un nivel pasable, 11 reales de salario diario; los demás gremios oscilaban entre 4 reales y medio y 8; los obreros aceiteros ganaban poco más de cuatro reales por día, los de la industria sedera, cuatro y medio, etc.

Uno de los primeros ejes de la organización obrera moderna se tuvo en Barcelona, donde se había establecido ya una industria textil importante, con la sociedad de tejedores a mano; fué una de las primeras manifestaciones de resistencia al capitalismo avasallador. Se hallaba entonces en el poder el partido progresista, fundado en el prestigio de Espartero. Hacia 1842 se intentó dar carácter legal a las organizaciones obreras constituidas, y dos obreros muy activos, Juan Muns y Simón Boldú fueron a Madrid a pedir al gobierno de Espartero que se autorizase el funcionamiento de la Sociedad de Tejedores, integrada por 7.000 afiliados; el ayuntamiento de Barcelona reformó la petición con una exposición razonada al gobierno central sobre las ventajas que podrían reportar las asociaciones obreras. El Gobierno de Madrid recibió buena impresión de todo ello y el 20 de mayo de 1842, el ministerio de la Gobernación dictó una real orden que autorizaba la constitución de sociedades obreras y encargaba a los gobernadores que las acogieran con benevolencia, por los beneficios que producirían en el orden político. Se pe-

dia a las nuevas asociaciones que presentasen sus estatutos y reglamentos a las autoridades para su aprobación. La real orden, pues, permitía la asociación obrera y la formulación de peticiones colectivas.

Pero aquello duró poco; Espartero fué suplantado por el gobierno de O'Donnell y el nuevo equipo gubernativo inició su labor persiguiendo a las sociedades obreras constituidas en Barcelona, persecución que no fue interrumpida más que en algunos períodos efímeros después de la caída de Isabel II y en la primera República de 1873. Contra las persecuciones se levantaron los obreros de la industria catalana y hubo sangrientas luchas contra las tropas del general van Halen.

La agitación y la esperanza no cedieron ante la fuerza más que en apariencia. El movimiento de inspiración republicana y social adquirió un vigor considerable por haberse vinculado con fuertes núcleos obreros. Abdón Terradas era un republicano de simpatías sociales, autor de canciones populares revolucionarias, combativo, apasionado y muy querido; en Figueras fué elegido alcalde en cinco ocasiones consecutivas, siendo anuladas las elecciones por el gobierno otras tantas; su ideal de República era un orden de cosas comunista federal, que encontró eco en hombres como los hermanos Monturiol, Suñer y Capdevila, Cuello y otros. La sociedad patriótica fundada en Barcelona tuvo por secretario a Abdón Terradas, y esa entidad no tardó en vincularse con la Sociedad de Tejedores dirigida por Juan Muns, agregándose a éstos 7.000 asociados de Barcelona y otros 20.000 más en el resto de la Cataluña textil. Obras de Fourier, de Cabet, de Saint-Simon, de Louis Blanc, eran conocidas y difundidas en Cataluña; el «Sistema Industrial» del primero; «El Viaje a Icaria» del segundo, etc., tuvieron muchos lectores y adeptos.

En 1848, el año en que se inauguró el primer rama! ferroviario entre Barcelona y Mataró, se realizó en Barcelona una manifestación de solidaridad con el triunfo republicano y democrático en Francia; en Madrid, en marzo del mismo año, el pueblo levantó barricadas y se mostró animado por una combatividad que recordaba la gesta antinapoleónica de cuarenta años atrás; hubo muertos en ambos bandos contendientes. Fernández de Córdoba escribió: «Pocas veces se ha batido el pueblo de Madrid tanto como aquella noche, ni mejor, si ha de considerarse su aislamiento y la ninguna complicidad de la fuerza armada»... Las clases populares del trabajo comienzan a mostrarse autónomas y se dan cuenta de que pueden intentar su liberación



Barcelona 1855. José Barceló, presidente de los obreros hiladores, momento antes de ser ejecutado bajo acusación falsa

por el propio esfuerzo, sin el recurso tradicional a los pronunciamientos militares y sin la ingenuidad de los partidos políticos, cuyas ideas de libertad y de justicia no respondían a las del pueblo, a las de los trabajadores.

Los síntomas del despertar a una nueva versión del mundo se multiplican tanto como los zarrazos ciegos de la reacción encaramada siempre en el poder para cortar las alas a toda iniciativa renovadora, que necesariamente tenía que lesionar privilegios tradicionales y recientes. Narciso Monturiol, periodista, publicó el periódico «El Padre de Familia» en Barcelona, desde el 7 de octubre de 1849 hasta el 4 de mayo de 1850; y no desapareció por falta de lectores y de apoyo, sino por las dificultades opuestas por el gobierno.

Aun cuando se tiene en vista, por lo general, a causa de la mayor documentación, lo acontecido en los grandes centros de población, las luchas obreras no han sido menos intensas en cada localidad industrial en los albores del moderno capitalismo; faltan muy a menudo referencias precisas y la historia de esos esfuerzos anónimos será ya muy difícil de rehacer. Tomemos, por ejemplo, el caso de Igualada, la pequeña ciudad catalana a orillas del Noya. Hacia 1850, los tejedores a mano, plantearon exigencia colectiva a los patronos de los telares y habrían sido atendidos a no haber sido la casa Godó, que organizó la resistencia patronal a las reclamaciones de los jornaleros. Hubo ruidosas manifestaciones y una es-

LITERATURA URUGUAYA

Julio C. Da Rosa y la literatura normal

por F. FERRANDIZ ALBORZ

DESDE hace décadas, Sorokin viene incidiendo sobre el contenido social de las culturas para clasificarlas como vitales o decadentes. Sus disquisiciones sobre cultura normal, ideológica o ideal, popularizadas con bastante retraso en la temática intelectual de nuestros días, va adquiriendo un estado de conmoción crítica, equivalente a la de hace años de Spengler con su tesis de la decadencia de Occidente, y la de Arnold J. Toynbee en el terreno de la historia universal.

Sabido que Spengler cayó en el nazismo y a este sirvió bajo la dirección de Hitler, lo que el profesor germano bebió, aunque no lo dijo, en las teorías cíclicas de Vico. Sorokin, con su teoría social, apuntala el concepto clasista de la historia, sostiene el principio de jerarquías privilegiadas y considera nuestra etapa de cultura normal como elementos naturales los representativos, en lo social, de las capas humanas más humildes, por consiguiente, los más ultrajados en su dignidad. Sin embargo, la historia nos ofrece sorpresas. Ya Keyserling anunció que la Revolución Rusa estaba elaborando una nueva aristocracia. Lo malo es que nace con las mismas manifestaciones despóticas de la aristocracia que derrocó.

Para Sorokin, las características de nuestra cultura normal, en lo que se refiere al arte, son las siguientes:

«Arte normal. — Sus características típicas son casi opuestas a las del arte ideológico, porque la base principal de la cultura normal es opuesta a la ideológica. El arte normal ve y se mueve enteramente en el mundo real de los

sentidos. *Paysage* empírico, hombre empírico, sucesos y aventuras empíricas, cuadros empíricos, tales son sus temas. Sus personajes son granjeros, trabajadores, amas de casa, niñas, taquígrafas, maestros y otros seres humanos extraídos del mundo en que vivimos. En su etapa más avanzada se complace en representar prostitutas, criminales, pilluelos callejeros, locos, hipócritas, bribones y otros tipos subsociales como sus « héroes » favoritos...» (Pitirim A. Sorokin: «La crisis de nuestra Era»).

Resulta que los grandes señores del pensamiento como Sorokin, viven saturados de convencionalismos como cualquier misero mortal, y no pueden situarse en el centro normal de la cultura. Sería cuestión de preguntar a Sorokin por qué una etapa inicial de cultura idealista-ideológica como el Renacimiento, desembocó en una literatura normal como la Picaresca Española, si no fuera porque el arte busca la excepcionalidad funcional de las clases y los tipos sociales, y es el predominio histórico de una clase, y los tipos dentro de ella, lo que determina que se eleve a la etapa

representativa del arte. Lo normal alcanza categoría ideal cuando la clase social, sus tipos representativos, adquieren personalidad histórica de primer plano, siempre en función de tipo o clase, aunque sería cuestión de preguntar también al señor Sorokin qué sería de la función histórica de las clases sociales adscritas a las culturas ideales-ideológicas, si el servicio de las clases normales, que en realidad han sido auténticas clases históricas.

Si la cultura es consecuencia de las relaciones sociales, los personajes representativos de la actividad social son los que se destacan en la literatura, y en consecuencia, los aspectos negativos de esa relación: prostitutas, criminales, locos, bribones, etc., son exponentes de una realidad humana igualmente trascendente. Cuando Emilio Zola describe a Naná, nos da el símbolo femenino de una época y de una clase social para la que la mujer es un instrumento de diversión cuando no de explotación. Los « héroes » literarios no son una entelequia, ni aun en los casos de Lord Dunsany o Aldous Huxley.

La literatura hispanoamericana es toda ella normal, desde sus orígenes, cartas y documentos de descubridores, conquistadores y colonizadores, hasta nuestros días, como normal es la función del montón. Su aristocracia — como toda aristocracia — se forjó con el barro del hombre, transformado luego en espíritu, y por cuya función aparecen nuevas aristocracias a impulsos de las nuevas relaciones sociales. Cuando la literatura hispanoamericana logra su estilo, éste es el resultado de una narrativa de elementos normales, los del hombre común hispanoamericano, según la clasificación que Sorokin hace de la literatura normal. Lo confirman los nombres de los autores más sobresalientes de esa literatura: Sarmiento, Eduardo Acevedo Díaz, Euclides da Cunha, Eustasio Rivera, Mariano Azuela, Rónulo Gallegos, Jorge Icaza, Ciro Alegría, etc.

El cuentista uruguayo Julio C. Da Rosa va incluido en esa zona de literatura normal hispanoamericana. No busquemos en él tipos ideales ni ideologías. En él hallamos siempre al hombre tipo de una convivencia normal, la que corresponde a lo que Dostoiéwski llamaba, en su primera novela, «pobre gente». Sus libros de cuentos, « Cuesta Arriba » y «De sol a sol», lo señalan, y su último libro de cuentos, «Camino adentro», lo reafirma. Los tipos humanos preferentes de Julio C. Da Rosa se dejan vivir. Más que voluntad de vivir se observa en ellos un deseo de dejarse llevar por la vida de las cosas. Es-

tas van formando su cauce natural de vivencias vegetativas por el cual los tipos se deslizan sobre la corriente como canoa sin remo ni timón. Un cuento de Julio C. da Rosa es siempre una actitud imprevista del personaje en relación a la voluntad, dejándose llevar más bien por lo que unamuno llamaba «moutad». Los tipos humanos de da Rosa se duermen sobre las cosas, se dejan arrullar por ellas, son como de espíritu de cosa inerte, cuando más, como árbol, modelados con sabor a tierra, con luz gris de verde y reverberación de ocaso sobre las cucullas, que se ahonda más y más, hasta sentirse morir, pero sin morir jamás. En los personajes de da Rosa no vemos proximidad, todo se desvanece en una lejanía de sombras.

La creación literaria de Julio C. da Rosa suele ser despareja. De los ocho cuentos que integran su último libro, el primero, «Cosas de la vida» y el último, «Dada», son los más ajustados al rigor literario. Los demás son excesivamente blandos en cuanto a la tensión narrativa. La inseguridad de los personajes se hace en ellos inseguridad de estilo. El primero empieza con ese pretérito indefinido que hace insegura la realización de los hechos del personaje, dando nebulosidad al contorno de la anécdota. Por ejemplo:

«Si hubo un hombre nacido para morir pobre y soltero, ese hombre se llamó Bienvenido Perdomo. Tuvieron que pasarle las cosas que le pasaron, para que muriera — como al fin vino a morir — dejando viuda con muchos hijos «nadando en oro». Pero quien le hubiese «medio seguido el rastro» hasta llegar a los veintitantos — treinta — años, no se habría anunciado otro destino que aquél:

«Pobre como las ratas y soltero como el caballo.»

El cuento es rico en observaciones psicológicas, tales como la referida a la personalidad del niño:

«Para un guri ningún rigor se llama rigor mientras tenga gusto a cosa nueva. Lo bravo para un guri es la repetición. En seguida lo aplasta. Ahora, hacer carbón en una isleta en medio del río, puede ser asunto de alguna novedad para un muchacho de once años, durante veinte días cuando mucho. Y eso cuando no conozca el carbón más que de verlo ardiendo...»

Y el dúo de la afirmación de uno y la interrogante del otro personaje:

— ¿Qué le parece si le fijamo fecha a la sociedad?

Páginas de la Historia del movimiento...

cena de violencia provocada por la esposa del fabricante. A consecuencia de la misma fueron procesados y condenados a 27 meses de prisión correccional y a veinte duros de multa cada uno por allanamiento de morada (la condena lleva la fecha del mes de febrero de 1851) varios tejedores: Agustín Rosich, José Rafegas Subirana, Antonio Bagá Boyer, José Bursós Alemany, Pedro Tarés Canals y Gabriel Brufau Porta, todos jóvenes de 21 a 27 años. Todos ellos perecieron en el cautiverio eliminados de algún modo por la influencia decisiva de los patronos resentidos, y de ninguno de ellos volvió a tenerse noticias.

Hubo en Igualada otros procesos y condenas a presidio contra obreros textiles, Sebastián Gabbarró, Valentín Torres (muerto también éste último en la cárcel).

Alentados por la resistencia de la casa Godó, otros industriales procuraron anular los compromisos contraídos y volver a la situación anterior a 1850. Esos abusos dieron motivo a no pocas protestas; en 1854 el industrial Maixenchs recibió un tiro de pistola a causa de su comportamiento soberbio y antiobrero y de la misma fecha se conocen algunos hechos de sabotaje. La Sociedad de Tejedores a mano de Igualada, reconstruida, elaboró una tarifa de salarios que durante años sirvió de caballo de batalla a los obreros y a los patronos en sus conflictos de intereses (1).

(1) Juan Ferrer. «Síntesis de la actividad emancipadora del proletariado igualadino», en la revista «Tiempos Nuevos», Barcelona 10 de enero de 1935.

REBELDIA SIN CAUSA

Un ensayo sobre la juventud actual

«**T** IERRA Y LIBERTAD» de Méjico (1) se pregunta angustiosamente cuál es la causa de la «ausencia de juventud» en los ideales de vanguardia y en lo que respecta al libertarismo interroga textualmente: «¿La ausencia de la juventud se debe al fracaso intrínseco de nuestros ideales como soluciones para el porvenir a los problemas que la humanidad tiene planteados?» «¿Se debe esta ausencia a errores graves en la militancia libertaria internacional en las generaciones que se están acabando?» «¿Esta ausencia es debida a las condiciones generales del momento histórico que vivimos?» «¿Se deberá esa ausencia a las peculiaridades actuales de la juventud misma?»



A estas preguntas se responde a sí mismo el editorialista afirmando que «La juventud está ausente del mundo de las inquietudes y se deja arrastrar por el torrente de los convencionalismos y la inacción mental». Añade que no hay ningún campo social que pueda arrogarse la presencia masiva de jóvenes salvo «el deporte y el vicio».

Felizmente el editorialista tiene confianza en el futuro cuando espera que la «situación catastrófica de la juventud sea pasajera» y creo honradamente que cabe esta esperanza porque negarle inquietudes a la juventud es oponerse a axiomas científicamente e históricamente irrefutables.

Ha habido en estos últimos tiempos una secuencia de movimientos rebeldes y revolucionarios

en los que ha primado, como cerebro y como motor, la juventud y ello nos fuerza a pensar y a revisar el concepto pesimista que sobre la juventud existe.

La «Sohyo» nipona y, sobre todo, la «Zengakuren» totalmente integrada por jóvenes estudiantes ha provocado un cambio en la política japonesa con repercusiones de importancia en el propio Washington.

Fué la estudiantina húngara la que primero enarbó el estandarte de la rebeldía contra el zarismo rojo en octubre de 1956.

Los que forzaron a Nixon, durante su gira por Latino América en 1958, a batirse en retirada y a

hacerle pasar los peores ratos de su vida fueron los jóvenes estudiantes de Lima y Caracas.

En Panamá es de nuevo la juventud la que se lanza al «salto» de la Zona del Canal para reivindicar el suelo como propio, y en Bolivia es de parte de la juventud que se alzan los gritos de protesta contra el «Time» de Nueva York por la ofensiva información contenida en sus columnas de un número aparecido en marzo.

Gamel Abdel Nasser utiliza al estudiantado de la RAU en sus demagógicos discursos para lanzarlo en las manifestaciones contra Bagdad y en Bengala vemos

en primera fila al estudiantado indostánico en las manifestaciones llevadas a cabo contra la pésima situación alimenticia que atraviesa la India. En la propia India y en el Estado sureño de Kerala las filas que mayor resistencia opusieron al gobierno comunista de Travancore fueron las juveniles.

Fidel Castro se confía a los estudiantes de nuevo y las milicias las integra, en su mayor parte, con la juventud de las universidades cubanas.

Syngman Rhee es derrocado por el estudiantado coreano de la misma manera que Menderés se desmorona frente a la juventud de Ankara y Estambul.

En los propios Estados Unidos, donde podríamos considerar que el confort y la soporífera propaganda gubernamental tienen completamente mediatizada a la juventud norteamericana, vemos cómo reacciona ésta el 13 de mayo último cuando el nefasto «The House Un-American Activities Sub-Comitee» se dispone a levantar interrogatorio y sumario a 93 profesores acusados de tendencias comunistas (2).

Hasta a saciedad podríamos citar ejemplos de que la juventud no llena solamente los estadios y los antros de corrupción y es por ello que creo que estamos obligados a estudiar el caso «Juventud de postguerra» a través de otras miras.

En primer lugar habrá que reconsiderar que en la juventud hay inquietudes y marchar por un rato junto a Jean Paul Sartre cuando le declara al reporter del «New Statesman» de Londres que: «... la izquierda está agotada. Sus instituciones envejecieron... lo que el marxismo jamás lo previó. Los jóvenes son los únicos que han respondido como era necesario a la mixtificación mesianista. Es decir: por la violencia. Por ello han adquirido un nuevo significado. A mi juicio los únicos verdaderos hombres de izquierda en Francia son los que tienen veinte años.»

Este debe ser nuestro punto de partida: Los ideales enmarcados por las etiquetas aparecidas a últimos del siglo pasado y en las dos primeras décadas del siglo actual parecería que se hubiesen anquilosado junto con los hombres que los abrazaron.

Las izquierdas se han vuelto centristas y el Estado ha acabado con los ímpetus de Jaurès y

por Victor GARCIA

Julio C. Da Rosa y la literatura normal

— ¿Fecha? Como a usted le parece...

— A mí me pareció que hoy.

— Sí, hoy, porque esto es un relato.»

Entre los personajes de Julio C. da Rosa siempre hay el medio sér o casi sér que vive indiferente al acontecer del mundo. Criaturas tan al margen de la voluntad, que en vez de crecer brotan, en vez de imaginar, ensueñan. Y ése es el misterio de estas criaturas, que en vez de criaturas que viven, lo que hacen es ensoñar. José Morosoli se refería a sus «Vivientes» como realidad de estos medios seres del campo uruguayo, la calidad humana que descubre la Rosa en estos mismos personajes ya no es la de vivientes sino la de realizadores de larvas de ensueño. Es asombroso cómo estos personajes de la infra economía humana uruguaya viven y perduran en un tiempo de aconteceres, como una realidad sin relación nominativa, orientándose sólo por antenas sensitivas que van pulsando los verdes y se hacen emoción, pulsando los rayos solares y se hacen luz, pulsando el alma femenina y se hacen hombres, pulsando el agua y se hacen como vertiente de arroyo, etc. Una vida intuitiva que viene a confirmar la teoría bergsoniana de la evolución creadora.

El último cuento, titulado «Dada», merecía bien el título de cuento de dadá, de un dadáismo

«sui-géneris», por la truncada vida del personaje. Vida inacabada y completa a la vez en los contornos reales e imaginativos la de Alcira en la casa del gallego Perrone. Niña dada para el renacimiento de un hogar sin fruto, se va elaborando su tragedia en continuas mutilaciones de su personalidad. Frustración de infancia, frustración de juventud, frustraciones de una sensibilidad deformada en todo su proceso vital. Toda la vida comprendida y vista por referencia. Vió el amor a través de unos visillos y el amor se le hizo figura difuminada de una realidad imaginativa, frustrándose su ideal de mujer. Un cuento trágico, terriblemente trágico, en el que el amor expresa sus inhibiciones y se hace viscosidad de espíritu ante la imposibilidad de ser realidad de sangre y corazón, para terminar en locura. El mundo se le hizo a Alcira compilación de formas raras en el gesto burlón de la gente, abriéndose en su cerebro la catarata del delirio. Un gran cuento, no camino adentro sino de alma adentro, hacia las interioridades donde se fabrican todas las bellezas o todas las fealdades.

Julio C. da Rosa se halla inserto en la línea general de la literatura uruguaya, que sufre una notoria decadencia, tanto en la narrativa de ambiente campesino como en la urbana, representación de ésta última el libro de

cuentos, «Montevideanos», de Mario Benedetti. La decadencia no estriba en el contenido normal de las obras (normal en el sentido de Sorokin), ni tampoco en el estilo formal, sino en la estimativa de los autores hacia la vida, en la estimativa a los valores humanos. En todo escritor: cuentista, novelista, poeta, etc., hay siempre un filósofo, estudie o no sistemáticamente la filosofía, por consiguiente, hace una valoración del hombre y sus actos con trascendencia representativa. Esa valoración es la que notamos de menos en los escritores uruguayos contemporáneos. Muerto Morosoli, el artista del matiz en la transparencia de las almas, vibran aún Paco Espinola y Montiel Ballesteros dando vida recia a sus personajes, pero son escritores de promoción anterior. La insuficiencia valorativa filosófica del hombre y sus actos, da a la narrativa uruguaya contemporánea su estilo de media tinta, de media clase, de medianía, de falta de raíz, muy contrario al perfil resolutivo del hombre uruguayo, en el que, naturalmente, no todo es clase media ni todo lo hace a medias.

Julio C. da Rosa debe enfrentar los tipos de su tierra con plenitud de vida normativa, hombres de consonancia con su estilo de letra, estilo que sabe llegar a la hondura de las más íntimas contradicciones vitales.

Ensayo sobre la juventud actual

Rosa Luxemburgo. La mano sobre el pecho anora y digamos con franqueza que la crisis de impetus también se ha ensañado contra el acratismo organizado. El hecho de que se salven individualidades no resta veracidad a lo dicho.

Y así, razonando que detrás de los árboles hay el bosque, nos veremos forzados a inventar los factores y alterar los resultados. No hay ausencia de juventud sino un campo de izquierdas completamente socavado, con los andamiajes sobre arenas movedizas y las sacrosantas vestales cantando las preteritas con los ojos cerrados a la marcha del tiempo.

Frente a ello la juventud puede reaccionar de dos maneras diferentes. Volcarse de lleno al deporte y al vicio, pero, también, atendiendo al llamamiento biológico del dinamismo que genera todo organismo joven y sano, abrazar la causa de lo que el cree justa.

Al no existir una izquierda sana, valiente, revolucionaria, capaz de dar cabida en su seno a la inquietud rebelde del joven, éste se ha visto convertido en un «rebelde sin causa» haciendo caso omiso de las directrices partidistas y siguiendo tan sólo el espejismo creado por las circunstancias que en cada momento y en cada meridiano se manifiestan tan antagónicas. Es así como los vemos violentamente antinorteamericanos en el Japón, en Caracas y en Lima; antisoviéticos en Budapest y en Kerala, nacionalistas a ultranza en Panamá; furibundos antikasemistas en El Cairo y en Damasco y antinasseristas en Bagdad. Sin embargo, si llegamos a la médula de todos estos hechos, tan incompatibles entre sí a simple vista, veremos que la causa motriz es siempre la misma: Rebeldía contra la injusticia social. Rebeldía que se desboca incontinente y sin norte aparente. Su único objetivo es derrocar lo existente, pero derrocar es revolucionario también y las sociedades nuevas no tendrán consistencia hasta que las actuales sean relleno y terraplén.

Yo quiero ver más pronto en esta airada actitud juvenil que a veces raya con la grosería frente a los propios padres y profesores, como una reacción del subconsciente que se opone a esta marcha cada vez más decidida hacia la frialdad científica. Es lo que estudia con bastante acierto Jaspers: «Es ilusorio creer que la humanidad pueda salir de las difi-

cultades presentes apoyándose únicamente en la ciencia y en la técnica o en la economía y en la política» (3).

Es significativo ver la uniformidad de criterio existente entre los más descolantes pedagogos americanos cuando dicen: «Para muchos, no sólo los colegas, sino todo el mundo occidental, éste parece que de un tiempo a esta parte haya marchado a la deriva con mínimo sentido para un objetivo, faltándole convicción, deambulando sin más pensamientos en la mente que el deseo de diversión, comodidad física y seguridad» (4).

«¿Pueden ustedes vislumbrar conmigo estaciones de servicio para los cerebros llamados *Cerebrotoriums* o *Cerobromáticos*, donde los empleados (debidamente vestidos y con uniformes blancos) enjuagarán vuestra corteza plástica y pulirán el cromo de vuestro cerebro al tiempo que os bombearán cinco onzas de materia gris?» (5).

«El mundo en el que penetra el joven hoy es una cosa resplandeciente e insidiosa al mismo tiempo. El individuo puede hacer lo que le guste para conseguir su propio lucro. El rico posee un distrito completo de viviendas infectas y no siente ninguna angustia de conciencia por el hambriento. El vendedor agresivo hace violentas exigencias para vender en la lista de los «Best-seller...» Me parece inclusive como si yo hubiera contribuido con mi trabajo a un mayor y más desgraciado estado de oscuridad» (6).

«Estamos encarando una adversidad moral y espiritual traída a nuestra vera por una falta de voluntad, una tendencia generalizada en proteger la concupiscencia y aplaudir las artimañas. Hemos aprendido a desconfiar el intangible, temer al inconformista, adorar lo material» (7).

El magistrado Gould terminó su discurso diciendo: «Si la expansión oratoria que inunda nuestras instituciones educacionales durante el mes de junio pudiera ser transformada en lluvia para la California meridional, todos seríamos felices.»

Sin norte porque fallaron los padres, las instituciones y los guías espirituales. Completamente desengañada de un mundo que integra a pesar suyo, mundo que marcha frenéticamente hacia el suicidio y la auto-exterminación. Parte de una sociedad que todo exceso de producción lo encarrila irremisiblemente hacia guerras cada vez más exterminadoras; la

juventud no tiene otro camino que la violencia y el acaparamiento en sí misma. Su anhelo de libertad es negativo en parte por la ausencia de objetivo. Negatividad que casi considero plausible de ser positiva gracias a esta misma fuente de conocimiento y de inteligencia que tiene el hombre, pero todo está en llegar a tiempo.

«El hombre se halla en el umbral de un mundo nuevo lleno de infinitas e imprevisibles posibilidades; pero está también al borde de una catástrofe total» (8).

La juventud se rebela frente a esta «catástrofe total» y airona a la ponca de Kishi, a los soldados de Menderes y de Rhee, a las tropas de la Zona del Canal para torcer el rumbo de una sociedad completamente aniquilada por el miedo y la superestructura estatal que ha convertido al ser humano en indefenso pigmeo.

Empero, y a pesar de la desventaja de fuerzas, las fuerzas todopoderosas del Estado se tienen que retirar porque existe una presencia irrefutable de juventud que escapa al encasillamiento en que pudiera pretender colocarla Erich Fromm con sus teorías de «mecanismos de evasión». Al que encasilla magníficamente es al adulto cuando dice, «El hombre moderno está abrumado por un profundo sentimiento de impotencia que le hace mirar fijamente y como paralizado las catástrofes que se acercan» (9). Como acierta de nuevo cuando afirma que «El yo es fuerte en la medida que es activo» (10), es decir, añadiremos nosotros, cuando no dimites de sus derechos frente al Estado y cuando quiere ser él el forjador de sus propios destinos. «La libertad positiva — dirá más adelante — implica también el principio de que no existe poder superior al del yo individual; que el hombre representa el centro y el fin de la vida» (11).

Hay una posibilidad de salvación para esta humanidad atemorizada y ella impartiría de lo que La Rochefoucauld dice ser «la embriaguez continua; la fiebre de la razón: la juventud», de una juventud que podemos y debemos integrar todos los que tenemos inquietudes, independientemente de los años que recen en nuestras cartas de identidad, ya que como le hacen decir a Napoleón: «La juventud no es una época de la vida, es un estado de la mente. Nadie envejece por el simple hecho de vivir cierto número de

años; la gente envejece únicamente por abandonar sus ideales. Los años arrugan la piel, pero la ausencia de entusiasmo arruga el alma. La inquietud, la duda, la falta de confianza en sí mismo, el temor y la desesperación son los años, los largos años que doblan la cabeza y debilitan el espíritu. Ya sea a los 70 o a los 10, hay en el corazón de todo ser el amor de lo maravilloso, el dulce asombro ante las estrellas y ante las cosas o pensamientos que a ellas se asemejan... Eres tan joven como tu fe, tan viejo como tu duda; tan joven como tu confianza en ti mismo, tan viejo como tu temor; tan joven como tu esperanza, tan viejo como tu desesperación» (12).

Hay que ser joven para que la juventud física entre en plena conciencia de la suya. Digamos junto con el gran Guyau que hay que conservar en el corazón un rincón de verdor y de juventud.

(1) Números 204 y 206 de abril y junio respectivamente.

(2) «El Comité contra las Actividades Antiamericanas» realizó sendas sesiones en Los Angeles y San Francisco llevando a cabo rigurosos interrogatorios al personal docente californiano, lo que provocó una ola de protesta que fué reprimida violentamente por la policía con matraca y bombas lacrimógenas.

(3) Karl Jaspers. «La Bomba atómica y el destino del hombre».

(4) Nathan M. Pusey, presidente de la Universidad de Harvard, el discurso pronunciado con motivo de la graduación de bachilleres.

(5) Richard Armour, poeta, palabras pronunciadas en el Colegio Walt Whitman.

(6) William C. de Vane, decano de Yale. Discurso pronunciado en la Universidad Loyolana.

(7) Samuel B. Gould, magistrado de la Universidad de California.

(8) Gin o Germani.

(9, 10 y 11) Erich Fromm. «El miedo a la libertad».

(12) Frank Kelly & Cornelius Ryan.

HIMNOS

«Los Hijos del Pueblo»

«A las Barricadas»

Presentación muy esmerada con carpeta recordatorio, ilustrada con fotografías y citas del «Proletariado Militante» de Anselmo Lorenzo. Precio: 1.100 frs. (gastos de franqueo comprendidos).

Para pedidos a B. Agustí, 20, rue Jean Jaurès, THIAIS (Seine o a las administraciones de «SOLI» y «CNT».



Perfil humano de don Gregorio Marañón

Raro privilegio en un país sometido a un estado permanente de guerra civil. Ello se explica porque el Dr. Marañón era uno de los pocos españoles que, sin claudicar de sus ideas liberales o acaso precisamente por ello, había logrado elevarse por encima de las sectas y facciones en que vive desgarrada su patria.

Incapaz de sentir el rencor ni la envidia, tampoco despertaba grandes odios. Bien dotado por la naturaleza, física e intelectualmente, trabajador infatigable e investigador escrupuloso en las ciencias y en las letras, biólogo, historiador, ensayista, conoció desde joven el triunfo y la gloria. Ya Lope de Vega había considerado como el mayor imposible el que «faltase a la ciencia la envidia que la sigue». Sobre todo en España, país de hombres altaneros y, como tales, celosos de las honras y prestigios ajenos. Unamuno enseñaba que es la envidia el pecado nacional, y Don Alvaro de Albornoz ha escrito que «en todo español hay un hidalguero resentido. Sobriedad y orgullo. Poso amargo del alma española».

Por eso, difícilmente se sabe de un gran español que no haya conocido la cárcel, el destierro o el patíbulo. Don Gregorio Marañón, a pesar de ser español e insigne, pudo realizar —salvo pequeños contratiempos, nubecillas pasajeras en el cielo claro de una larga vida— el ideal que en vano soñara en los calabozos inquisitoriales el príncipe de los poetas y humanistas españoles, el gran Fray Luis de León: vivir ni envidiado ni envidioso.

Sabido es que en el ambiente de las letras españolas prevalece hoy la manía de catalogar a los hombres por generaciones. Azorín lanzó lo de la generación del 98. Más tarde, Ortega y Gasset ha llegado a trazar una especie de filosofía cíclica de la historia, fundada en la que podríamos llamar «lucha de generaciones», a la manera como Marx fundaba su determinismo histórico en la «lucha de clases».

Cada quince años, más o menos, irrumpe en la historia una nueva generación llegada a la madurez, una *nouvelle vague*, coetánea y en pugna con la que le precede y con la que le sigue. A la llamada generación del 98 —Garnier, Baroja, Azorín, Unamuno, Maeztu, Valle Inclán y otros—, generación amargada por la humillación y derrota de España en Cavite y Santiago de Cuba, sucede la generación de 1914 —Ortega y Gasset, Machado, Madariaga, Azaña, Araquistain, Albornoz, Marañón entre otros—, políticamente coincidente en el mundo con la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa y el triunfo de Mus-

I. — Lucha de generaciones

La pérdida reciente de don Gregorio Marañón ha sido sentida en las tres Españas: La España Oficial, la España Peregrina y la España Silenciosa. Tanto en la prensa del exilio como en los periódicos del régimen —únicos que se publican hoy en España— y en las tertulias de los intelectuales rebeldes y amordazados del interior, se ha manifestado el duelo nacional por la muerte del español insigne.

solini, y en España, con las luchas sociales y la dictadura del General Primo de Rivera.

Cuando esta generación llegaba a su *acmé*, al tiempo que la del 98 iniciaba su decadencia, sobrevino la generación de 1931, cuando se instauraba en España la República, y cuyo trágico destino había de ser perecer, como sus simbólicos poetas García Lorca y Miguel Hernández, triturada entre las tenazas implacables de la guerra civil española y de la Segunda Guerra Mundial, aquélla ensayo

perio trágico de la cerrilidad falangista, cuya divisa: *muerta la inteligencia* fué lanzada en la Universidad de Salamanca al rostro de Unamuno.

Yo mismo soy testigo de la tercera afirmación, del generoso ánimo con que Marañón estimulaba a los jóvenes. Nadie ha escrito cosas más agradables y lisonjeras acerca de mis modestos ensayos literarios, sociales y filosóficos. Cuando publiqué en 1931, en «*El Liberal*» de Madrid los artículos que luego recogí en un libro, analizan-

por Fernando VALERA

general y preludio de la otra. Ambos episodios dispersaron por el mundo y en buena parte malograron en los campos de batalla y en los de tortura, en cárceles y destierros, a dos generaciones magníficas, tales como España no las había conocido quizás desde el siglo XVI, las cuales auguraban un renacimiento radiante de las ciencias, las letras y la política, y prometían un segundo Siglo de Oro.

Marañón, hombre de la generación intermedia, cabalgaba entre la del 98 y la mía, la de 1931. Tuvo trato intelectual, amistad personal y correspondencia literaria — a la que era muy aficionado —, con «los viejos», los del 98, a quienes a pesar de la acritud característica de aquella generación de gruñones, le respetaban y querían. Los de la *nouvelle vague*, de 1931, no obstante la inclinación instintiva de cada generación a destronar a los padres y rehabilitar a los abuelos, solíamos también respetarle y quererle. Estos días me han llegado de España voces de desaliento por su muerte, que prueban el afecto que resistentes y perseguidos le profesaban.

Verdad es que Marañón, con aquel don de afabilidad, ponderación y benevolencia que le era propio, se afanaba también por realzar a los del 98, por enaltecer a sus contemporáneos y por estimular a los sucesores. Como ejemplo de las dos primeras afirmaciones, quiero recordar sus valientes apologías de Unamuno y de Ortega y Gasset, en pleno im-



40.000 enfermos han recibido sus cuidados profesionales. En España llegó a gozar de un prestigio casi mítico. «Me ha visto Marañón», era la seguridad y acierto del diagnóstico y del tratamiento. «¿Por qué no le ve a Ud. Marañón?», la última esperanza de los desahuciados. Quizás su ciencia y su prestigio procedían, en buena parte, de que a él no podía aplicársele la sentencia del Dr. Letamendi —especie de Hipócrates español del pasado siglo—: «Desconfía del médico que sólo medicina sabe, pues ni esto sabe».

Y Marañón, espíritu esencialmente curioso —la curiosidad era para Séneca el instinto de la sabiduría—, ávido siempre de ver y conocer, fué derivando gradualmente hacia otras disciplinas, y se hizo ensayista, moralista, historiador, crítico de arte y hasta político, sobresaliendo en tan varias y opuestas actividades hasta el punto de haber llegado a sentarse en todas las Academias de España y en algunas del extranjero. Con Madariaga, era miembro corresponsal extranjero de l'*Institut de France*.

Como Don Juan Valera, Menéndez y Pelayo y Don Joaquín Costa, merecía el nombre de polígrafo, título que se da en España al escritor docto en toda suerte de disciplinas, versión moderna del humanista del Renacimiento. Sus *Tres ensayos sobre la vida sexual*, sus estudios e investigaciones históricas y su interpretación de personajes reales o literarios, tales como Don Juan, Tiberio, Ariel, Don Enrique IV, el Conde Duque de Olivares o Luis Vives, y sus comentarios a las ideas biológicas del Padre Feijóo presentan la originalidad de amalgamar el riguroso método documental del historiador con el análisis clínico del médico.

Veamos su interpretación del donjuanismo. España ha dado a la literatura universal dos personajes inmortales, contradictorios entre sí: Don Juan y Don Quijote; el rufián y el caballero; contraste de la eterna paradoja española, lo más abyecto y lo más sublime, la vicairesca o la mística. Pero Don Juan, desde que cruzó los Pirineos y se fué a buscar aventuras por el mundo, ha ido cambiando de fisonomía. Cuando lo creara Tirso de Molina — un fraile metido a escritor de comedias —, Don Juan no era el conquistador de corazones femeninos, sino el ladrón de honras, casi siempre con dolo y engaño. Era el Burlador de Sevilla, un señorito sin escrúpulos, de quien su

II. — El estilo y el hombre

Como el ilustre Don Salvador de Madariaga, su contemporáneo y amigo, el Doctor Marañón tenía originalmente una formación científica. Madariaga, matemático, politécnico, ingeniero; Marañón, médico y biólogo. En su especialidad, la endocrinología, la autoridad del Doctor Marañón era universal e indiscutida. Su trabajo sistemático y riguroso de investigación y clínica, en los hospitales de Madrid, y su magisterio en la Facultad de Medicina, bien merecerían una monografía especial.

Deja obra y escuela. Más de

EL ELEGIDO

por Manuel Buñuel

(CUENTO)

HACIA frío. Estábamos pegados por las espaldas a una pared blanca orientada al mediodía y resguardada del viento helado del noroeste. Algún, frotándose las manos, dijo:

— Es como una cama en la que hay que dormir de pie. Es bonito dormir de pie. Pero ¡qué frío! — y continuó frotándose las manos.

Uno que pactaba para desentumecer sus helados pies, comentaba para sí:

— Lo mejor sería enterrarme hasta las rodillas; no patearía tanto.

Otro le susurró metiéndole el helado aliento en el oído:

— ¡Qué horror! Echaría raíces...

El que estaba a mi lado, me dijo:

— Ya ve usted; hay hasta sol, no podemos quejarnos. Y las espaldas las tenemos bien guardadas. Pero es lo que yo digo: si todos los rayos del sol se concentrasen en un círculo, como una mesa camilla, podríamos jugar a las cartas. ¿A usted le gusta jugar a las cartas?

Me encogí de hombros. El que así había hablado también se encogió de hombros. De vez en cuando nos mirábamos. De repente dijimos todos a un tiempo:

— ¡Qué frío!

¿Qué hacía yo allí pegado a la pared en compañía de aquella extraña gente? Sin duda alguna el frío me había empujado hasta hacer de mis espaldas y de la blanca pared una misma cosa. ¿Una misma cosa? Quise separarme de la pared y no pude. Me estremecí.

¿Y si fuéramos cadáveres colocados allí verticalmente como en los enterramientos antiguos?

De tales conjeturas me distrajo la presencia de un lujoso automóvil negro que acababa de detenerse. Del vehículo se aparearon tres señores enlevitados y enchisterados. Se acercaban hacia nosotros. El más grueso de ellos iba el primero. Y, detrás, como guardándole las espaldas, iban los otros dos, los cuales eran más bien escualidos. Llegaron ante nosotros. El señor grueso miraba de arriba abajo a cada uno de nosotros y preguntaba mecánicamente:

— ¿Qué hace usted ahí?

Invariablemente le contestaban:

— Ya ve, tomando el sol.

Hasta que, llegando hasta mí, y después de mirarme de arriba a abajo, me hizo la consabida pregunta:

— ¿Qué hace usted ahí?

— No lo sé — le respondí.

El señor grueso, siempre acompañado de sus secuaces, continuó preguntando al resto de mis compañeros. Les miraba de arriba a abajo y les preguntaba con esa suave voz de autómatas:

— ¿Qué hace usted ahí?

— Ya ve, tomando el sol — le contestaban indefectiblemente.

El señor grueso, con la sombra de sus sicarios pegadas a su cuerpo, se acercó a mí y me dijo:

— ¿Quiere usted acompañarme? Es muy importante.

Dieron media vuelta y se encaminaron hacia el automóvil. Yo, desprendido de la blanca pared,

les seguía. Mis compañeros gritaron:

— ¡Viva!

Llegamos al coche. El conductor tenía abierta ya la portezuela. Me hicieron pasar a mí el primero. Al arrancar el coche mis compañeros de pared volvieron a gritar:

— ¡Viva!

Por la espléndida autopista se nos hizo de noche. Llegamos a una ciudad desconocida para mí, pero de la que conservaba nitidos recuerdos debido sin duda a los sueños. Aunque lo más probable es que tales recuerdos se debieran al hecho simple de hallarme en aquella ciudad. Bien pudieran ser recuerdos no del pasado, sino del futuro. Más de una vez he recordado cosas que todavía nunca han pasado. El hecho era que aquella ciudad era desconocida y conocida a un tiempo.

El coche se detuvo ante un palacio. Descendimos. Entramos en el palacio y la guardia del mismo nos presentó armas.

Atravesamos largos y anchos pasillos y anchos salones. De cuando en cuando, a un lado y otro, nos topábamos con guardias que nos presentaban armas. A un pasillo le sucedía un salón, y a un salón un pasillo. Y siempre se entraba por una puerta orientada en otra dirección. Parecía no tener fin nuestra andadura. Diríase que nos encontrábamos en un laberinto. Debimos andar muchos kilómetros antes de llegar al amplio salón en el que, por fin, nos detuvimos ante una maciza mesa. El salón era tan



largo como los pasillos y tan ancho como los salones que dejamos atrás. Las paredes estaban cubiertas de espejos y el techo cubierto de arañas de cristal. El suelo era negro y tan espejeante como los espejos de las paredes. La maciza mesa estaba en el fondo, y para llegar a ella tuvimos que andar un buen rato. Detrás de la mesa, y sobre la pared, un mapa mundi extendido.

El señor grueso, con un ademán, me invitó a ocupar el único sillón que había ante la mesa. Me senté. Habló:

— Estamos a sus órdenes, excelencia.

— ¿Qué significa eso?

— Significa que estamos a sus órdenes, excelencia. Y significa que tiene que firmar importantes documentos. Tan sólo firmar, limitarse a firmar. ¿Sabe su excelencia firmar?

— Sí.

— Lo suponíamos. Por eso, y porque su excelencia es muy inteligente, muy audaz, muy valeroso, lo elegimos. Como digo, su excelencia tan sólo tiene que limitarse a firmar.

— ¿Y qué he de firmar?

— Lo que le presente la sociedad. Una ley, un decreto...

— ¿Una ley, un decreto?...

— Sí; son cosas de trámite, manías de la sociedad, una ley, un decreto... También una declaración de guerra o una declaración de los derechos del hombre... Y confirmaciones o conmutaciones de penas de muerte... Puro trámite, excelencia.

— Me duele la cabeza, quisiera descansar.

— Aquí tiene el juego de timbres. Los rojos pertenecen a su servicio militar, los verdes a su servicio civil. Los amarillos corresponden a su servicio privado. Ahora, si quiere descansar, puede apretar este botón y acudirá su mayordomo de cama. Y si quiere descansar junto a una mujer, apriete este botón rosa. Podrá elegir, si es que no está muy cansado. Sus habitaciones particulares, excelencia, están a sus

Perfil humano de Marañón

padre, éste sí un gran señor, podría haber dicho como el personaje de Alarcón: «La desvergüenza en España se ha vuelto caballería». Cuando regresó a su patria, después de recorrer mucho mundo, vino transformado en el Don Juan Tenorio romántico de Don José Zorrilla, el Don Juan predilecto de los españoles, a quien como a María Magdalena le serían perdonados sus pecados, porque había amado mucho.

Don Juan salvaría su alma, merced al amor purísimo de y por Doña Inés de Ulloa, como Fausto salvó la suya por el amor de Margarita. Y no es que Zorrilla se inspirara en Goethe, sino que probablemente ambos poetas bebieron en la misma fuente, en el *Mágico Prodigioso* de Calderón de la Barca, drama bien conocido y admirado en la Alemania de los tiempos de Goethe. El análisis implacable que Marañón hace de la psicología y la fisiología de Don Juan —¿cuál de los Don Juanes?

— puso de relieve lo que menos podía haberse pensado del Burlador, esto es, que se trata de un personaje de sexualidad dudosa y de ingénita carencia de vigor masculino, impulsado a buscar el frecuente cambio de excitantes, estímulos para su virilidad deficiente.

La última vez que tuve la satisfacción de ver y hablar al Dr. Marañón fué en Niza, en el Centro de Estudios Mediterráneos, donde pronunció una bella conferencia exponiendo los orígenes personales y artísticos de El Greco, toledano como él por vocación. Don Gregorio había adquirido, como el pintor cretense, una residencia en Toledo. La de Marañón había sido elegida, para regimimiento propio y deleite de los amigos, en los Cigarrales de Toledo, famosos en la tradición literaria castellana. En 1621, Tirso de Molina bautizó con ese nombre una de sus inmortales obras.

El Greco y Toledo se titula uno

de los últimos libros de Marañón, «uno de los más importantes que se hayan publicado sobre el gran pintor cretense», a juicio de Don Luis de Araquistáin. En los archivos del Manicomio de Toledo averiguó Marañón que El Greco solía visitar el asilo y que probablemente tomaba a los locos como modelos para los ángeles y santos de sus cuadros religiosos. Cosa curiosa, fotografiando a los locos de hoy, Marañón obtuvo rostros de hombres ensimismados y abertos que recuerdan extrañamente a los personajes del pintor greco-toledano.

Su estilo se distingue por la precisión, la claridad y la elegancia; su pensamiento, a veces audaz, por la mesura y el equilibrio. En vano buscaréis en su obra la llamarada genial, a veces rayana en la paradoja y en la extravagancia de Unamuno; ni la elegancia apolínea, a ratos pretenciosa, de Ortega y Gasset; en Marañón todo era sobriedad, medida, buen gusto natural, compostura. Su pluma como su palabra, no conocía el arrebato, ni el sarcasmo, ni la blasfemia.

● Terminará en el próximo nº ●

MAXIMO GORKI

ENSAYO BIOGRAFICO

por Román SAAVEDRA

Hasta las más avizoradoras mentalidades rusas como Tolstói, no han comprendido la trayectoria batalladora de Gorki. El célebre autor de «Guerra y Paz» le escribía: «Es curioso cómo vos habéis perdurado en la bondad. Vos tendréis el derecho de ser malvado». Aún todavía, en forma terminante, el mismo Gorki aclara en su obra crítica «3 rusos»: «Para Tolstói — escribe — tengo un interés de orden etnográfico; soy el representante de una especie de hombre mal conocido y nada más.» El pedagogo de Yasnaia Poliana ubicada a Gorki desde el ángulo visual de su clase, el de la nobleza terrateniente rusa, que se veía amenazada por formas capitalistas de explotación y con ingenuo fervor patriarcal por el mujik quería detener la dinámica de la historia. Gorki, efectivamente, el representante de una especie de hombre conocido para el apostólico predicador de «la no resistencia al mal»; porque «Gorki tenía como nadie una fe inquebrantable en las fuerzas del hombre.» Pero las fuerzas de estos hombres iban a destrozarse la estructura social y económica del

zarismo, fuerzas afirmativamente conscientes que instaurarían el régimen socialista sin clases mediante las fuerzas proletarias debidamente organizadas.

Para afianzar la tesis de las influencias políticas y sociales que hemos esquiado en la obra de Gorki durante los años de su formación intelectual, es decir, en el decurso de los años de la preguerra imperialista — 1914-1919 — tenemos que espigar algunos juicios justificativos emitidos por críticos extranjeros y rusos.

Torralla Beci escribe en el prólogo de la traducción española de «La Madre»: «Este libro de Gorki, Gorki enfermo de amor al pueblo y mirado con prevención por los que han desatado su cordón umbilical de las entrañas fecundas y generosas del pueblo. Por los hijos espúreos que acaso, en el fondo de su corazón, amen a su madre... pero tienen la indignidad de avergonzarse de esa madre humilde, de esa madre encendida en una hoguera de amor

que ha de calentar al mundo...»

Citemos, de paso, este elogio sencillo de un obrero, que estuvo en los puestos de combate de la revolución: «Cuando empezaron a despertar las grandes masas — dice A. Schapawlow — se dieron tipos de mujer como el que pinta Gorki en su novela «La Madre».

Gorki, artista auténtico, era la antena sutil de todas las ondas sociales, renovadoras, que insurgían de las entrañas podridas del zarismo. La materia prima en la que tallaba sus criaturas palpitantes de vida fueron las leyendas tártaras, los cantares cosacos y gitanos cincelados con un estilo vigoroso y fresco similar al de los relatos populares; fué el receptáculo de esas joyas maravillosas del folklore eslavo y el forjador consciente de obras de un realismo social rotundo sin concesiones al snobismo y a la hipocresía pulida de los escritores de médula reaccionaria. Por sus novelas pasan, como en una sinfonía multitudinaria, en apretadas filas, los personajes tallados en carne viva, que son el anuncio profético de los hombres que habrían de ser los artifices de la construcción socialista. Alejandro Block, el gran poeta de «Las Doce» y los «Escitas» escribe: «Si existe ese algo inmenso, vasto, triste y deseado que llamamos Rusia, hay que decir que está expresado en su mayor parte por Gorki.

La vida de Gorki está ensamblada, especialmente, a los momentos apicales de las luchas populares de la historia rusa, y con la emoción contagiosa del artista militante nos lo transmite en sus obras, con veracidad patética.

El gran novelista describe en una crónica, que tiene el prestigio de un aguafuerte, aquel acontecimiento que conmovió dolorosamente hasta las raíces, todas las conciencias y fué un sacudón de tal envergadura, que puso al descubierto el odio mortal del zarismo al pueblo, pero éste reaccionó desde las tierras esteparias de Siberia hasta las regiones caucásicas en su apreciación del «Padrecito Zar» y la casta de sus verdugos.

«El Domingo sangriento del 9 de diciembre de 1905, fué el bautizo de sangre y el punto inicial del insurgimiento de las fuerzas del pueblo y su confianza en el mismo. Además, este hecho trascendental transcurre en condiciones del capitalismo altamente desarrollado como ninguna de las revoluciones burguesas que la habían precedido» y en el aspecto de la estrategia revolucionaria fué «el ensayo general de la revolución de octubre de 1917.» Este he-



cho culminante de la historia rusa tuvo sus raíces económicas en los años de crisis de 1900 a 1903. en el curso de esos años se cerraron 3.000 grandes y pequeñas empresas. El 3 de enero de 1905, estalló la huelga en la fábrica más importante de la capital, la fábrica Putilov (hoy Kirov). El hecho sucedió del siguiente modo: Una manifestación pacífica de 140.000 hombres, ancianos, mujeres y niños entonando cánticos de alabanzas y ruegos al «padrecito Zar», Nicolás I, encabezados por el pope Jorge Gapón, que en 1904 había fundado «La Asociación de los Obreros Rusos de Petrogrado», llevaban un pliego de peticiones. Cuando esta manifestación estaba en las cercanías del palacio zarista de Petrogrado fué materialmente barrida por descargas de fusilería. Después de esta masacre los sabuesos zaristas iniciaron una persecución sañuda contra todos los elementos sindicados revolucionarios. Sobre el terror sistemático se sostenía tambaleante el zarismo. «En 1905, estuve recluido — dice Gorki en una entrevista que le hizo César Tiempo, muchos años después — en la fortaleza de Pedro y Pablo, cerca de Petersburgo, por haber protestado contra la represión de la «smuta» del 9 de enero de ese año. En la celda escribí «Los hijos del sol». La prensa y los escritores de ambos continentes reclamaron mi libertad. La obtuve.»

En junio de 1907 se inicia una etapa histórica: el fin del periodo revolucionario: «En el gobierno se encuentra un primer ministro inteligente, Stolypen, que comprende que la monarquía no puede mantenerse ya sobre sus antiguas bases feudales y trabaja por darle cimientos capitalistas. En los campos hay que crear una clase de campesinos propietarios, y por consiguiente conservadores, que será a la vez un factor de prosperidad nacional y un dique contra la revolución; en las ciudades hay que aliarse a la industria y al comercio. Sólo a este precio será posible conservar lo esencial del régimen.» ● Seguirá ●

EL ELEGIDO

espaldas. Nos retiramos, excelencia. Que descanse. A sus órdenes, excelencia.

Y el señor grueso y sus dos sicarios dieron media vuelta, inclinando la cabeza reverentes, y se retiraron. Yo quedé contemplándoles cómo se alejaban. Pero nunca terminaban de alejarse. Cerré los ojos, pero como si no: los seguía viendo alejarse: Me tapé los ojos cerrados con las manos. Aun así, los seguía viendo alejarse. Estaba muy cansado. Apoyé la cabeza sobre la mesa. Me dormí.

Al despertar sentí grandes deseos de orinar. Pulsé uno de los botones amarillos. Nadie acudió. Me levanté. Abrí una puerta. Descendí unas escaleras. En seguida me encontré en la calle. Era de noche.

Todo mi afán era encontrar un urinario público. Pero ¿dónde estarían los urinarios públicos? Me acerqué a un transeúnte.

— Oiga, por favor, ¿el urinario más próximo?

— Subiendo aquí, en la glorieta.

Me encaminé por la dirección señalada. No tardé en llegar a la glorieta. Allí no había ningún urinario. Únicamente había un puesto de flores:

— Por favor, ¿el urinario más próximo?

— Al terminar el bulevar, a la derecha.

Me encaminé por el bulevar. Este terminó. A la derecha no ha-

bía más que un puesto de periódicos. Me acerqué al puesto.

— ¿Por favor, el urinario más próximo?

El hombre del puesto, mutilado de guerra sin duda, pues se servía de sendos ganchos de acero sujetos a las mancas muñecas, y en su frente se dibujaba el orificio de una bala, miró sigilosamente a un lado y a otro, y, acercándose al oído, me dijo:

— No se aguante, hágalo en cualquier sitio.

Me alejé. No podía más. Pero anduve y anduve. Tanto, que llegué a las afueras de la ciudad. Y allí, en una tapia solitaria, hice la necesidad que ya no podía aplazar un segundo más. Al principio fué doloroso, pero poco a poco fuí sintiendo un placer inefable.

Di media vuelta. Avancé algunos pasos. Pero me encontré de cara a un intenso y helador frío. Retrocedí empujado por el frío. Mi espalda quedó pegada a la pared. Me subí las solapas de la americana. Me metí las manos en los bolsillos del pantalón. Debí dormirme, porque al abrir los ojos estaba amaneciendo.

La tapia era blanca. Una fila de hombres estaba pegada a ella por sus espaldas.

Alguien dijo:

— ¡Qué frío!

Y todos a un tiempo, exclamamos:

— ¡Qué frío!

Los obreros, los artistas y la libertad

y II

PENSAR sólo para sí mismo es renegar de todo sentimiento humano de relación fraterna por la cual sólo es posible diferenciarse de la bestia. El hombre egoísta y mezquino, demuestra por tal condición desconocer la más pura esencia de la libertad, la única auténtica, la que se basa en sentimientos altruistas.

La vida que es nuestro mayor bien, ¿podemos decir que nos pertenece en propiedad total, cuando en cualquier momento podemos perderla sin que nadie nos pida permiso ni nos dé ninguna cuenta? Antes de hablar de libertad comprendamos pues, que nada ata y esclaviza más al hombre que la propiedad, cuando se piensa erróneamente, que pueda ser absoluta y no transitoria como lo es todo en nuestro mundo.

Lo que llamamos libertad espiritual es justamente algo que empieza allí donde terminan los sentimientos abismales del instinto y el sentido de la propiedad es el instinto mismo que conscientemente nos gobierna, de ahí entonces que el hombre mal pueda aspirar a ser libre, si no empieza por superarse y elevarse espiritualmente por encima de su animalidad. Todo lo espiritual es infinito e imponderable y el hombre en todo el transcurso de su vida, puede perfeccionarse en él progresivamente sin otras trabas que las que puedan resultar de su propia limitación en capacidad, entusiasmo y voluntad.

Toda posesión de riquezas o bienes materiales presupone avaricia, egoísmo y crueldad, porque sólo es posible mantenerla y acrecentarla a costa del sufrimiento y pobreza de los demás. Las conquistas del espíritu que el hombre alcanza son siempre fruto, en cambio, de su propio dolor y sacrificio.

La posesión de bienes materiales priva al hombre de la verdadera libertad, porque el miedo a perderlos lo vuelve miedoso, encerrándolo en la fortaleza que su propio egoísmo construye y desde cuya sombra avizora el mundo. Los bienes espirituales centran al hombre ante vastos horizontes, por lo tanto, su libertad no conoce valladas y contempla al mundo con euforia en toda su magnitud; desde lo alto, luminosamente, pero siempre con efluvios generosos emanados de su corazón hacia afuera y nunca de acaparamiento mezquino y egoísta hacia adentro.

Hechas estas breves acotaciones, reflexionemos sobre la vida y el quehacer del obrero y el artista en nuestro tiempo y por medio de lo cual le encuentra un sentido. Convergamos primero que es imposible dejar de re-

conocer que nuestra época se caracteriza por la técnica, la que domina toda la producción, incluso en cierto modo en las artes, sobre todo la plástica o visual como se la denomina actualmente; porque si por un lado el obrero se ha transformado en un complemento de la máquina, el artista se considera obligado, para estar acorde con la era tecnológica, a deshumanizarse, usando la geometría y las matemáticas como base rectora de sus signos abstractos, con los cuales cree constituirse en su fiel intérprete.

Es así que el obrero ya no hace más nada con sus manos y menos con su cabeza, el artesano ha muerto, pues, y no creo que en la historia del trabajo, el obrero haya conocido otro momento en que se acercara más a la auténtica libertad que en el artesanado. Pero ¡claro! ¿Qué duda cabe? Con el descomunal aumento demográfico de nuestro tiempo y con las comodidades con las que en general se vive hoy, la máquina y la técnica moderna, con su producción standard y a granel permite grandes soluciones. Pero he ahí un interrogante de compromiso: esta vasta producción que se obtiene actualmente gracias a la máquina y a la técnica moderna y que permite, en verdad, que sus beneficios alcancen hasta las más bajas capas sociales, ¿no será por sobre todo aprovechada por los grandes trusts para alcanzar ingentes ganancias, y que por lo tanto se ha tergiversado su finalidad de liberación del trabajo? La máquina debería reemplazar sólo a los esclavos que en otros tiempos sirvieron para levantar pirámides, acueductos y palacios y no al verdadero trabajador, el cual no habría de perder nunca su personalidad emanada de su voluntad de creación, viniendo la máquina sólo a ser su fiel colaboradora.

Con el advenimiento del cubismo, la pintura queda trunca en su evolución. Podríamos decir que Cézanne forma el tope final de la historia del arte y desde entonces el pintor «modernista» cree haber conseguido una autonomía total que lo desliga en absoluto de todo compromiso con la vida y su drama; su lema es: «Los sentidos deforman la mente» y forma y supone haber logrado por ese camino, digo, una absoluta libertad rompiendo todo vínculo con el pasado.

Los pintores abstractos, pues, piensan haber llegado así a la conclusión final del arte en la vida del hombre, al considerar que su misión ha sido suplir en ella la falta de belleza y equilibrio y que por lo tanto el arte desaparecerá en la medida que la vida vaya alcanzando esa belleza y equilibrio hasta la máxima per-

fección o sea incorporándose a la vida misma en consubstancial equilibrio absoluto.

Pero a poco que nos salgamos del terreno puramente teórico y nos enfrentemos a la realidad llanamente, comprenderemos que este sueño de Mondrian, uno de los primeros en luchar por un arte total, descartada toda característica individual, que el único equilibrio al que nos encaminamos es al que pueda obtenerse, mediante la supresión de todo lo que pueda afectarle, de modo que ese equilibrio total sería, al final, equivalente a la nada absoluta.

Y la libertad, ansiada meta al hombre, sin la cual no puede pensarse en nobleza ni dignidad alguna, es algo así como el arte que es posible sólo mediante la égida individual. De tal manera que no se puede hablar de libertad donde no haya hombres libres que lo sean por su propio merecimiento, del mismo modo tampoco se puede hablar de arte donde se haya suprimido su necesidad. Al querer incorporar las artes plásticas o visuales a la arquitectura, por ejemplo, en un decantamiento totalitario, no es otra cosa que pensar en su equilibrio por eliminación o simplificación extrema de su necesidad, primer paso de deshumanización en el arte por lo cual se llega así a un funcionalismo puramente utilitario.

Si Hitler hubiese triunfado, probablemente habría podido cumplir con los mil años de paz que prometía; por supuesto, que al triunfar hubiese podido someter al mundo a su doctrina consistente en la anulación del individuo, o sea en su automatización absoluta, por lo tanto, en la eliminación de toda necesidad de libertad. Cuando contemplamos un desfile militar sentimos esa uniforme unidad, que se mueve mecánicamente a un solo mando, no viéndose nada más que el conjunto como si no existiera ninguna característica particular de cada individuo; así el arte alcanzará un equilibrio unitario al desaparecer toda característica particular que surge del estro de cada artista y ya lo estamos viendo en la arquitectura de departamentos y otras manifestaciones plásticas.

Pero volviendo a mi llamada a la realidad, lo que constatamos en resumen, es que nada por ahora deja prever la concreción de estos ideales absolutistas. Primero, porque por ahora lo único absoluto que podemos aceptar es la muerte, la que según muchos filósofos hasta incluso ella misma es relativa y luego, porque está a la vista, en cuanto al arte, que nunca ha estado tan desvinculado de la comunidad y que del pretendido equilibrio y belleza de la vida en general, sólo percibimos una vulgarización sin prece-

por Gustavo Cochet

dentos, a lo cual también contribuye el mal empleo de sus infinitos recursos y posibilidades. Bastaría una visita a cualquier bazar para comprobar la más heterogénea chabacanería; podríamos admirar, por ejemplo, la perfección técnica y mecánica con la que se reproducen láminas en negro o colores, pero no lo que en general se reproduce. Qué pena nos da cuando nos enteramos de que en tiempos de Durero, sus bellos grabados podían comprarse en las ferias y que para los griegos una Tanagra, de las que se guardan algunas en el Museo del Louvre, eran en su equivalencia actual cualquier objeto inexpressivo de material plástico fabricado hoy día en series interminables, y no hablemos de la gran cantidad de películas y publicaciones con sólo una finalidad puramente comercial con las que nos abruma, estragan el buen gusto y el sentido moral de la vida, la que sólo puede encontrar un equilibrio verdadero cuando encuentra un justo medio entre sus fealdades y bellezas o entre sus imperfecciones y perfecciones.

Esta apreciación del sentido que se le quiere dar al arte actualmente, corresponde al que se le da al trabajo en lo moral, espiritual y material sumiendo al trabajador en uniforme automatización por la supresión de todo vestigio de personalidad humana. Se nos presenta, pues, para el futuro de la convivencia entre los hombres, el dilema de dos caminos bien concretos, el totalitarismo, cuyo equilibrio y armonía se logra por la sumisión total del individuo a un sólo comando, o el de la libertad dentro de la cual el equilibrio y armonía será el resultado de la elevación espiritual del individuo, basada en su generosidad y desprendimiento en favor de sus semejantes, o sea en una clara conciencia de sus deberes para con la comunidad que condicione entonces sus derechos a esa disciplina, nacida por propia convicción y no por imposición autoritaria. Hasta tanto el obrero no comprenda esto no conseguirá ser libre, porque el salario reemplaza las cadenas y es también una forma de esclavitud.

No dejemos, pues, de insistir en que la armonía y equilibrio que necesita el sér humano, es el que le procurará la unión fraterna de generoso y altruista intercambio espiritual. Y en cuanto al arte tendrá que volver a la fuente original en la que el sentimiento humano le dará de nuevo su equilibrio mágico que las matemáticas no podrán darle nunca.

MESA REVUELTA



La flecha ha perdido su característica primitiva al ser inventado un dispositivo para colocar en el arco saetas de repetición. ¡Como las pistolas automáticas!



El escultor Jorge Oteiza introdujo varias esculturas abstractas en EE. UU., país en donde el arte escultórico no paga derecho de Aduana. Pero los carabineros yanquis aplicaron un pago de 19 por 100 al arte de Oteiza por considerarlo picapedrería.



Sabido es que para ser comunista dirigido se necesita poca cabeza.

Manuel regresó de Francia calzando zapatos de gran puntuación, despertando la curiosidad de sus amigos de entidad libre. «¿Están llenos de pie, estos zapatos?», le preguntaron. O bien: «¿Llegas antes con el mismo esfuerzo?»

Para eludir alusiones pedestres Manuel adhirió al P. C., donde, por lo visto, los pies adquieren la mayor importancia.



En Alemania ciertos productos de cerveza sirven su producto en botellas forma ladrillo para, una vez vacías, puedan servir para que el bebedor se construya una casa.

Lo que obliga a consumir tanta cerveza que el bebedor arriesga perder el sentido de la albanilería.



Homenaje a la patria.

En 1919 un recluta infringió su deber militarista, prefiriendo la novia al regimiento. Ahora, en 1960, se ha entregado a la caja de reclutas de San Francisco (Cal.), declarando: «Estoy presto. Acabo de quedarme viudo».

Ni que decir que la delegación del Pentágono se negó a aceptar los servicios del recluta de hace 41 años.

LIBROS * LIBROS * LIBROS

SOCIOLOGIA
HISTORIA
LITERATURA
CIENCIAS



PEDAGOGIA
NARRACIONES
BIOGRAFIAS
POESIA

Adquirirlos en «SOLL», 24, rue Ste. Marthe, Paris (X^o), es ayudar al Suplemento.

BIBLIOTECA DE «SOLI»

COL. EBRO 2,45 NF.

A. de Moreto. — «El desdén con el desdén».
L. de Rueda y Cervantes. — Pasos y Entremeses». — «Entremeses».
Lope de Vega. — «La dama boba».
Anónimo. — «Amadis de Gaula».
F. de Rojas. — «Entre bobos anda el juego».
Tirso de Molina. — «La prudencia en la mujer».
Tirso de Molina. — «El vergonzoso en Palacio».
San Juan de la Cruz. — «Poesías completas y otras páginas».
Rubén Darío. — «Poesía».
Duque de Rivas. — «Romances históricos».

«L'Aiglon», por Edmond Rostand, 4,50 NF.
«El aire y sus misterios», por C. M. Botley, 5 NF.
«Alambradas», por Contreras Pazo, 3 NF.
«Albores», por Albaño Rosell, 2 NF.
«Albums Hervé», 2 NF.
«Albums d'art espagnol-exil, 0,50 NF.
«Album de monogramas», 2,25 NF.
«La alegría del vivir», por Swett Marden, 5,25 NF.
Alejandro Korn. — «Filosofía de la libertad», 1,50 NF.

«El alemán sin esfuerzo», método Assimil, 9 NF.
«Algebra y trigonometría» por Bruno, 2,50 NF.
«Algebra elemental», por Costazón, 2,50 NF.
«La Alhambra» (Guías), por Torres Albas, 12 NF.
«Alrededores del mundo», por Dupuis, 1,75 NF.
«Alma y el mundo», Rabindranath Tagore, 6 NF.
«Alma de América», por Santos Chocano, 3 NF.
«El alma y el amor», por Magnus Hirschfeld, 5 NF.
«L'allemand sans peine», método Assimil, 9 NF.
«Los amantes de Verona», Jean Godeau, 3,50 NF.

«América hoy», por Víctor García, 10 NF.
«Américo Vesputio», por S. Zweig, 2,50 NF.
«Amistad amorosa», por Sthenald, 3,75 NF.
«Amor se escribe sin hache», por J. Poncela, 10 NF.
«Amor y matrimonio», por Ellen Key, 5,50 NF.
«L'amour plural», por Han Ryner, 3 NF.
«El amor del sexo», por A. Oriol Anguera, 7 NF.
«Amor y el señor Lewisham», por H. G. Wells, 2,45 NF.
«Anaconda y otros cuentos», por Quiroga, 3,50 NF.
Tolstoi. — «Ana Karenina», 3,50 NF.
George Fr. Nicolai. — «Análisis del Psicoanálisis» 15 NF.
Erich Maria Remarque. — «Así termina la noche», 7,50 NF.
Apuleyo. — «El asno de oro», 2 NF.
«L'affaire Ferrer devant les tribunaux», por Cauzel, 0,75 NF.
«L'affaire Clémenceau», por A. Dumas fils, 3,50 NF.
«A. B. C.» (libro de primera lectura), 2 NF.
«Los de Abajo», por M. Azuela, 5 NF.
«Absurde comédie», por F. Escobes, 8 NF.
«Garbui Poétic», por Joan Ferrer, 1,50.

LIBROS A 5,00 N.F.

Saavedra Fajardo. — «República literaria». «Idea de un príncipe cristiano». Prólogo y notas de Vicente García de Diego.
Arcipreste de Talavera. — «Vidas de Idefonso y San Isidoro». Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.
Torres Villarroel. — «Vida». Prólogo y notas de Federico de Onís.
Alfonso de Valdés. — «Diálogo de Mercurio y Caron». «Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesiños.

Pedidos a Roque LLOP
24, rue Ste-Marthe, Paris (X^o)
CCP 1350756, Paris

NOTICIARIO

Nuria Espert ha representado en Ceuta «Dos en un balancín», de O'Neill.

Dato curioso: en cada sesión el público estuvo compuesto por 550 soldados cuyas entradas eran pagadas por la propia Nuria y por el general comandante de la plaza.

¿No existe público civil en Ceuta?

Va a celebrarse en Valdepeñas la XXI Exposición de Artes Manchegas. 58.000 pesetas en premios además de los «molinitos» en oro, plata y bronce.

El artista Juan de Avalos ha expedido una escultura de Miguel de Cervantes Saavedra destinada al Congreso de Academias de la Lengua celebrado en Bogotá con motivo del aniversario de la fundación de la ciudad.

Al final del Paseo Nacional de la Barceloneta ha sido emplazada una «Evocación marinera» en bronce, obra del escultor José Maria Subirachs.

Comentario generalizado: «Para colocar esto no valía la pena de retirar el obstáculo de la antigua artillería».

I Festival de la Canción Andaluza próxima a celebrar en Jerez de la Frontera. Para autores y ejecutores.

Hay Exposición Picasso en la Sala Gaspar de Barcelona. Contiene pinturas, dibujos anteriores y 15 linóleos recientes del artista.

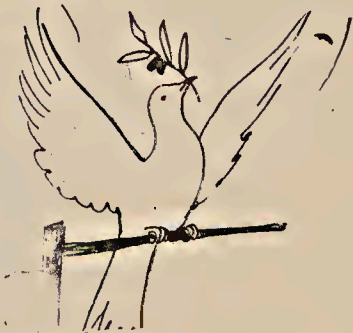
Isaac Albéniz tendrá estatua en Camprodón (Gerona), lugar de su nacimiento.

Falleció el maestro Jesús Arambari, conductor de orquestas sinfónicas y compositor notable. Había producido «Consagración de la Primavera», «Castilla», «Río» y diversas canciones. Falleció dirigiendo la Banda Municipal de Madrid.

Concurso de pasodobles en Setao, con premio al director de la Banda Municipal de Vergara (11.000 pesetas) por su marcha «Andalucía».

Literatura catalana. En concurso «Joan Santamaria» sacaron primer premio Concepción G. Maluquer con «Dues cases» (narración), y Ventura Porta con «Amfora» (teatro).

Nuestro colega «CNT» de Toulouse ha publicado un número muy notable conmemorando el 19 de julio de 1936.



Paloma domesticada. ¿La comerá Marte con ramo y todo?

Recuerdo de un poeta de hace cien años



Juan Maragall

EL lector de los poetas no es barcelonés. El lector de los poetas tampoco es catalán ni natural del área de la lengua catalana, en su confin de la extralínde del Principado: las tres islas Baleares — la dorada Mallorca, la remota Menorca, la recatada Ibiza—, las tres provincias del reino de Valencia — el ascético Castellón, la pródiga capital y su campo, el fronterizo Alicante —, las cien manchas que estudian y que registran los filólogos. El lector de los poetas no es de familia catalana, ni valenciana, ni balear. Para el lector de los poetas, la antigua corona de Aragón no es sino una mera referencia intelectual, no muy precisa; una vaga noción libresca un tanto ajena a su mundo, ya que no a su sentimiento — a su sentido — de la Historia. El lector de los poetas, porque quiso y nadie se lo mandó, se vino a trabajar y a vivir a las costas que hablan el habla vieja y noble de Ramón Llull; la cosa no tiene mayor mérito ni menor desprecio. El lector de los poetas, de oficio contemplador de la Naturaleza y vagabundo sentimental, ve correr por sus venas la sangre de una raza que es la flor de la maravilla en el arte lógico, pero nada fácil, de las adaptaciones; hay gallegos que llegaron hasta la China, a lo mejor por descuido, y que llevan treinta años viviendo muy felices entre los chinos. El lector de los poetas se repasa, de vez en cuando y con el sincero propósito de lavarse el alma en aguas claras, a sus cisnes castellanos, a sus trovadores catalanes, a sus bardos gallegos. El lector de los poetas, que procura tener el corazón de par en par abierto a las ancianas virtudes de la gratitud y de la buena ley, ama a Barcelona — sin hacer de menos a una sola ciudad del mundo — y se afana por escuchar el rumoroso pulso «barceloní», por entender su isócrono latido, por descifrar su jubiloso aire o su atosigado y preocupado desgaire. El lector de los poetas, que es hombre de inclinaciones liberales, procura adivinar, sin mayor pasión de la necesaria, la noble faz — siempre dispuesta a desvelarse — de las ciudades y de quienes las pueblan, de los abiertos campos y de las bes-

tezuelas que, casi sin saberlo, las habitan; es un pasatiempo honesto y que a nadie hace mal, a nadie daña.

Al lector de los poetas se le imagina cavilar que la ciudad de Barcelona, de haber cobrado, como por artes mágicas, forma humana, se llamaría Joan Maragall. El campo de Cataluña — el monte y la vaguada, el valle y la masía bucólica, el bosquecillo y la cresta de piedra de los riscos — se bautizaría Jacinto Verdaguer, que tampoco es mal nombre.

Maragall es el exponente de la Barcelona cosmopolita y su cantor. Con Maragall, Barcelona deja de ser Cataluña, para convertirse en Europa. Entiéndase lo que no sin preocupación quiere decir el lector de los poetas. El lector de los poetas, que es un campesino, no cambia el Ampurdán por París; el lector de los poetas se queda con los dos, porque piensa que los dos — y todo lo que se les añade — pueden caber en su ingenuo corazón.

Maragall, a fuerza de sentirse ciudadano, borra la huella de la verde hierba de su mundo, y canta las delicias de la urbe, las cultas ventajas y los civilizados logros de la ciudad. A los provenzales y a los gallegos, que nos quedamos en el ruseñor Mistral y en el pinzón Rosalía, nos falta dar el paso europeísta, quemar la etapa que diferencia al folklore, ese latido de la Historia, esta evidencia.

Gaudí, pariendo sus dolorosas y pasmosas arquitecturas vegetales; Rusiñol, llevando al lienzo sus amorosos y venenosos jardines decadentes; Casas, inmortalizando generosamente, y al carbón, a los grandes y pequeños escritores del tiempo; Nonell, retratando amargos cretinos y gitanos, con el hambre brillándoles en el mirar,

y el inquieto Pablo Picasso — joven que promete — pintando de color azul al melancólico saltimbancu, son todavía los tradicionales, los vinculados, los que vienen aún del claro chorro de Verdaguer, el torrente cuyo remoto bebedero late en las umbrías frondas del hierático y floral Tahull.

Maragall es la voz nueva en el concierto, la actitud moderna — «modernista» — ante la vida y ese reflejo de la vida que venimos llamando la literatura. Con Maragall cobran sentido palabras que — como «futuro» y «porvenir» — carecían hasta entonces de prestigio intelectual. Barcelona es, por aquel tiempo, una ciudad en auge, con un naciente y próspero capitalismo, con una burguesía que se mira en el espejo de Europa, y un obrerismo tumultuario, ibérico y romántico, de bomba pronta y atentado directo e inmediato. Fuera de Cataluña empieza a identificarse Barcelona con Cataluña entera. Dentro de Cataluña, los jóvenes, con los ojos puestos en Barcelona, sueñan con las delicias — burguesas y cotidianas delicias — de la urbe. Maragall fué el adelantado de aquel movimiento de auge barcelonés, por entonces aún dispar y no conjuntado ni acorde con el general renacer catalán. Maragall adivinó el trasfondo social de su ciudad y de su tiempo, pero lo cantó siempre desde su burguesa orilla, desde su ángulo porvenirista que cree, con una buena fe sin límite, en la común y general y universalizada riqueza. La literatura social catalana, que apunta noble y también un poco avergonzada, con Maragall no cobrará consistencia — esporádica consistencia — hasta algunos años más tarde, con Salvat-Papasseit.

La poesía catalana, al urbanizarse con Margall, perdió riqueza



Camilo José Cela

verbal y ganó en circunstancia. Verdaguer fué, quizá, más jugoso, pero Maragall prestó a la poesía catalana el servicio de actualizarla, de abrirle la puerta al exterior, el balcón de Goethe, las oreadoras ventanas de Nietzsche y de Novalis. Maragall, que fué un hombre sincero y un sincerísimo poeta, pensó que la sinceridad era la cualidad esencial de la poesía. La impresión que produce la belleza sobre el espíritu provoca, para Maragall, el deseo de expresarla; de la intensificación de ese deseo nace la palabra, y con ella, la poesía. La voluntad es el freno que detiene, dulcemente y en seco, a los prematuros deseos de hablar; el intelecto, el tamiz que espiga las palabras vivas — la palabra poética — de las impuras palabras que aquel deseo de hablar pudiera, en su inevitable y proteica confusión, haber engendrado.

Para el lector de los poetas, Maragall viene — que la poesía es buena catapulta para salvar montañas — de Verdaguer: sin Verdaguer, Maragall no hubiera sido Maragall, ni la savia lírica de Cataluña entera se hubiera volcado sobre Barcelona. Para el lector de los poetas, que no cree en la generación espontánea y si en la evidencia de que todos venimos de todos, Maragall fué el eslabón que dió paso a la gracia y a la ironía — dos virtudes que a él no le sobraban — de Carner, y al hondo y trascendente humanismo de Riba.

El lector de los poetas piensa que todos los caminos conducen, si se saben caminar, a la poesía. El lector de los poetas leyó, en las pasadas Navidades, «En la mort d'un jove», de Maragall, y en sus versos encontró muy consoladoras y piadosos y permanentes latidos.

CAMILO JOSÉ CELA

• Transcrip. de E. P. P. •

SOLIDARIDAD OBRERA SUPLEMENTO LITERARIO

Journal autorisé par arrêté ministériel du 8 mars 1948.

Giros: C. C. P. Paris 1350756 — Roque Llop, 24,
rue Ste-Marthe - PARIS (X^e)

Teléfonos: Red. y Adm.: BOT 22-02 — Talleres: BEL 27-73

SUSCRIPCION INDIVIDUAL

Trimestre	210 francos
Semestre	420 »
Año	840 »
Precio del ejemplar corriente	70 »